



PERLAS, BESOS Y MUERTE

Clark Carrados

PARA MAYORES
DE **18** AÑOS



CLARK CARRADOS

Perlas, besos y muerte

Colección PUNTO ROJO nº 925. Bruguera – ene/1980

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre subía lentamente a la superficie. A través de la máscara de vidrio, Jim Sheene oteaba las aguas transparentes esperando no tener que enfrentarse con un tiburón. En aquellos parajes, los temibles escualos no eran infrecuentes. Ahora que lo había conseguido, pensó, sería mala suerte encontrarse con uno de aquellos tigres marinos. Iba bien armado, pero, aun así, prefería evitar el encuentro.

Sheene sentíase muy satisfecho. Pendiente de su cinturón lastrado estaba aquel saquito blanco que contenía la fortuna que le iba a permitir vivir cómodamente el resto de sus días.

Había sido una dura temporada de trabajo pero mereció la pena. Nadie sino él había localizado aquel banco de ostras perlíferas en el que, durante unas semanas, había trabajado a fondo. Era un banco jamás hollado por ser humano alguno. Varias de las perlas tenían tamaños realmente excepcionales. Una de ellas, sobre todo, medía casi dos centímetros de diámetro. Se preguntó cuál sería su valor en el mercado.

Abajo, el fondo era amarillento. Las perlas estaban a poco menos de treinta metros de fondo. Pero un poco más allá, el suelo submarino se hundía verticalmente y sólo había negrura. La distancia desde la superficie, lo había sabido mediante los adecuados sondeos, era de ciento diez metros.

Subió un poco más. De repente, vió sobre su cabeza la ahusada silueta de una embarcación.

El buque no estaba allí momentos antes. Aún podía apreciar los remolinos de su hélice. Sheene empezó a pensar en la conveniencia de sumergirse de nuevo, por un sentimiento instintivo de precaución ante un posible peligro.

Pero ya era tarde. De súbito, sintió un lancinante dolor en el costado izquierdo. Al mirar en el origen del dolor, vio el arpón marino que sobresalía de la carne. La sangre, al salir de la herida, tenía color verde.

Sacó su cuchillo. El atacante se le echaba encima. Pese al desfallecimiento que sentía, Sheene consiguió rechazar la embestida, rasgándole el brazo desde el hombro al codo.

El otro retrocedió un poco. También salía sangre de su herida. Sheene le vio dominarse y cargar el fusil submarino con un segundo arpón. Pero su visión era cada vez más débil.

Iba a morir. No sabía cómo, pero alguien se había enterado de su secreto. Quienquiera que fuese, buscaba las perlas. Aquel saquito de lona blanca que pendía de su cinturón...

No lo tendrían, se dijo con sus últimos instantes de consciencia. Y, en el momento en que partía el segundo arpón, el saquito cayó hacia las

profundidades.

Sheene movió el brazo con sus últimas fuerzas. El saquito pasó por debajo del arpón que buscaba su cuerpo y empezó a hundirse. Sheene sintió el latigazo de la perforación y su cuerpo se convulsionó terriblemente. Luego giró sobre sí mismo y quedó boca abajo, completamente inmóvil.

El otro intentó perseguir al saquito que se hundía con aparente lentitud. Incluso llegó a rozarlo con los dedos, pero, de pronto, desconsoladamente, lo vio que se hundía en la sima submarina. A los pocos segundos, la bolsa blanca desapareció en las húmedas tinieblas del fondo.

Minutos más tarde, emergía a la superficie. Manos ansiosas le izaron a bordo.

—Estoy sangrando como un cerdo —se quejó—. Ese bastardo me rajó el brazo...

—¡Las perlas! —aulló un individuo—. ¿Dónde están las perlas?

El submarinista se sentó desmadejadamente en la cubierta.

—Las lanzó al fondo, cuando vio que se iba a morir —contestó.

—Bueno, están ahí abajo. No te será difícil recuperarlas...

—Ni lo sueñes. A ciento diez o ciento veinte metros de profundidad, para mí están tan perdidas como si jamás hubieran existido.

El otro emitió una obscena interjección. Varios hombres más le contemplaban expectantemente.

—¿Quiere eso decir que tengo que contratar a otro buceador? —preguntó.

—Sí, justamente. Y si quieres, te daré un nombre...

—¡Dímelo! —gritó el otro.

—Bruce Brady. Lo encontrarás en Miami, en «La Taberna de los Locos», o en sus inmediaciones. Pero ¿es que nadie me va a curar? —chilló de súbito el buceador.

El otro asintió con la cabeza,

—Yo te curaré. —dijo—. Espera aquí.

Entró en la cabina y salió a poco con algo en los brazos. El submarinista le miró con aprensión,

—¿Qué diablos...?

Antes de que pudiera darse cuenta, aquel hombre, un enorme pelirrojo, le había atado las dos manos. El cabo sobrante estaba sujeto a una pesada pieza de hierro.

El submarinista aulló. Fue inútil. Dos poderosas manos lo izaron por la borda y cayó al mar, sumergiéndose de inmediato. Entonces, el pelirrojo gritó:

—¡Mike, pon en marcha el motor! ¡Rumbo a Miami!

—Está bien, capitán.

Las aguas se arremolinaron en torno a la hélice. El barco, en

apariencia un inofensivo pesquero, empezó a cortar las olas. A lo lejos se veía la línea oscura de la tierra firme, pero allí nadie se había enterado de la tragedia acaecida en el mar.

* * *

El hombre estaba afanado en dar los últimos toques a lo que parecía un tubo de estufa, colgado del ala del avión de turismo. Otro, sentado en la cabina, escuchaba los sonidos que brotaban de un receptor de radio

—¿Estás seguro de que esos cacharros van a funcionar? —preguntó el que estaba dentro del avión.

Lott Ryan asintió. Dio los últimos toques y luego se limpió las manos con un trapo.

—El «Sam-7» es de lo mejorcito que se ha fabricado en cohetes portátiles —dijo—. Pesa diez kilos con el aparejo de lanzamiento incluido, alcanza los tres mil quinientos metros y vuela a mil ochocientos kilómetros por hora. Por si fuese poco, tiene un sistema de guía por infrarrojos, que le permite alcanzar el blanco, guiándose por el calor del motor,

—Y tú pretendes...

—Exactamente, Dale Stuart —contestó Ryan, mientras contemplaba satisfecho su obra—. En lugar de disparar el «Sam-7» a mano y desde el hombro, lo haremos desde las alas del avión, mediante unos cables que accionarán el mecanismo de disparo. Sencillo y eficaz, mortíferamente eficaz, créeme.

—Te habrán costado mucho —dijo Stuart, admirado.

—No hagas preguntas que no se pueden contestar —rió el otro—. Aunque ya puedes imaginarte: con dinero, hoy se consiguen toda clase de armas, incluso las soviéticas, como el «Sam-7».

—Vaya un nombrecito. Sam es nombre de persona, me parece...

—Sam significa «Surface-air-missile», es decir, cohete tierra-aire. Se ideó para que las tropas de infantería pudieran disparar contra aviones a poca altura. Pero también se puede disparar, como verás, desde mi avión, contra un blanco situado en el suelo... o en el mar.

Stuart lanzó una ojeada al interior del avión.

—Sobre todo, si se conoce el emplazamiento del blanco —dijo.

Ryan soltó una risita.

—Davy Seard instaló ese transmisor a bordo de la «Sirena Negra» —dijo—. Por eso podemos escuchar todo lo que se había a bordo del buque del capitán Compton.

—Y cuando llegue el momento...

Ryan extendió la mano bruscamente,

—Calla —dijo.

Retazos de conversación llegaban hasta los dos hombres:

—Las perlas están a ciento diez metros... ciento veinte... Tendrás que contratar a otro...

—¡Dime el nombre!

—Bruce Brady. Miami...

Pocos segundos después, se oyó un agudo chillido.

—Lo han arrojado al agua —adivinó Ryan.

—Lott, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Stuart.

Ryan meditaba De pronto, exclamó:

—Hemos perdido un poco de tiempo, al montar los «Sam-7» y ese bastardo de Compton se nos adelantó. Pero ha perdido las perlas y serán para nosotros.

—Como llegue a Miami...

Ryan lanzó una obscena risotada.

—¿Crees que llegará? Desde Santa Lamba a Miami hay más de cuatrocientas millas y su barquichuelo, en el mejor de los casos, apenas pasa de los diez nudos. Le llevará cuarenta horas avistar el puerto... suponiendo que le dejemos. Vamos, los motores en marcha; despegamos inmediatamente.

Las hélices empezaron a girar. Hubo unas cuantas toses de los motores y los escapes soltaron chorros de humo azulado. Luego, las hélices giraron satisfactoriamente y el ruido de los motores se hizo alegremente rítmico.

—Tú pilotarás hasta que localicemos «La Sirena Negra» —dijo Ryan—. Yo me encargaré de los mandos en el momento del ataque.

—¿Funcionarán los cohetes? —dudó Stuart.

—El primero alcanzará al barco, guiado por el calor de su motor. Inmediatamente, se producirá un incendio del combustible. El segundo, rematará la faena —afirmó Ryan, completamente seguro de lo que decía.

* * *

Gus Compton, capitán y propietario de «La Sirena Negra», abandonó su pequeño camarote y subió a cubierta, rascándose la hirsuta pelambrera rojiza que asomaba por fuera de su sudada camiseta. Apenas si había dormido, debido a la excitación que le había producido el fracaso de su plan. Con la lengua, hurgó entre los dientes y encontró una brizna de carne, que escupió, a la vez que hacía una mueca. «Maldita carne en conserva», se dijo.

El timonel estaba en su puesto, en la diminuta cabina. Dos de sus hombres dormían en cubierta, con las caras tapadas por sombreros de palma. El mar era una inmensa sábana de azul brillante.

Compton miró hacia atrás. Entonces vio algo que le hizo lanzar un bramido de cólera.

—¿Quién diablos ha sido el hijo de puta que ha dejado escapar el

chinchorro?

Los dos tripulantes que dormían se despertaron sobresaltados. Compton corrió hacia la popa.

—¡Tráeme un rifle! —aulló—. Voy a darle una lección a ese bastardo, que no olvidará jamás...

De pronto, se interrumpió.

Per encima de su cabeza se oía el rumor de un avión.

Levantó la vista. A quinientos metros, un aeroplano daba vueltas lentamente sobre el barco.

Stuart se quitó los prismáticos de los ojos.

—Es «La Sirena Negra», no hay duda —dijo.

—Está bien —murmuró Ryan,

Viró ceñidamente, apoyándose sobre un ala, y avanzó la palanca de gas a fondo, a la vez que adelantaba la barra de profundidad. El morro del aparato se bajó.

Ryan hizo jugar los timones, hasta centrar bien el aeroplano. De súbito, Stuart lanzó un grito:

—¡Eh, Seard ha conseguido escapar!

—Davy es un chico muy espabilado —dijo Ryan alegremente.

A trescientos metros de altura, disparó el primer «Sam-7». Luego tiró de la palanca y metió el pie izquierdo. El avión empezó a recuperarse, a la vez que iniciaba un ceñido viraje.

El mecanismo de disparo actuó. Un chorro de llamas brotó por la cola del tubo lanzacohetes. A seis metros, los mecanismos de ignición actuaron y el «Sam-7» partió vertiginosamente hacia su blanco.

—¡Nos atacan! —aulló uno de los tripulantes del barco, al ver la blanquecina estela del cohete, que descendía de las alturas como una Némesis vengadora.

Con el avión casi tumbado hacia babor, Ryan y Stuart pudieron ver la primera explosión.

—¡Justo en el motor! —gritó Ryan.

Un chorro de llamas brotó inmediatamente del punto de impacto Ryan atacó de nuevo.

El segundo cohete provocó una espantosa explosión. El barco se abrió literalmente, despidiendo enormes trozos de su estructura a gran distancia.

—¿Qué ha pasado ahí? —exclamó Stuart, atónito.

—El capitán Compton era un tipo muy precavido. Seguramente, llevaba un par de cajas de dinamita. Nunca le faltaban, lo que siempre solía darle buenos resultados, menos hoy, claro —rió el piloto—. Prepara la ametralladora, Dale; veo un par de supervivientes y no quiero dejar a nadie con vida.

—Está bien.

Stuart sacó una pistola ametralladora y la cargó. Luego abrió la

ventanilla de su lado.

El avión voló paralelamente al agua, a menos de diez metros de altura y a la velocidad mínima. La ametralladora tableteó de pronto con gran estrépito.

Un hombre saltó, abrió los brazos y se hundió en el agua. El otro nadó frenéticamente, pero las balas fueron más rápidas que él y le destrozaron la espalda.

—Listos —informó Stuart,

Ryan subió un poco para virar. Luego regresó hacia el mismo sitio.

—Hazle señales a Davy —ordenó—. Dile que vamos a amaizar para recogerle.

El avión era anfibio y se posó sobre las aguas sin dificultad. Seard remó furiosamente los últimos metros. Stuart le ayudó a subir a bordo.

—¿Lo habéis oído todo? —preguntó, jadeante.

—Sí —contestó Ryan, a la vez que daba gas para iniciar el despegue

—. Habrá que buscar a Brady, ¿no es así?

—Será fácil —aseguró Stuart.

—Encontrarle sí será fácil —dijo Seard—, Conseguir que se sumerja, será mucho más difícil. Puede que imposible.

—¿Por qué? —quiso saber Ryan.

—Brady juró no volver a sumergirse jamás. No querrá hacerlo, por mucho dinero que se le ofrezca.

CAPÍTULO II

El avión tomó tierra bastante bien, aunque rebotó un par de veces. Bruce Brady sonrió, cuando las ruedas hubieron dado la última vuelta. —Lo ha hecho estupendamente, señorita Kemp —dijo.

La muchacha que estaba a su lado se volvió y le miró sin demasiado entusiasmo.

—Estoy desolada. Ha sido un aterrizaje deplorable. ¡Dos rebotes! —exclamó, en tono quejumbroso.

Brady se echó a reír.

—A todos nos ha pasado cuando aprendíamos a volar. No se preocupe, es sólo cuestión de hábito y usted lo hace mejor de lo que cree. ¿Bajamos?

—Sí, claro.

Se soltaron los atalajes y saltaron al suelo. Alice Kemp se atusó el cabello con un gesto maquinal. Sus senos se abombaron bajo la blusa de seda. Brady desvió la mirada. Era una mujer realmente hermosa... y él estaba enamorado de otra. Alice, sin embargo, no le había dado pie en ningún momento para iniciar el más mínimo devaneo. Era dulce de aspecto, pero de carácter enérgico en el fondo. Brady la había calificado mentalmente: «Mano de acero, con guante de terciopelo».

Caminaron juntos hacia las oficinas, donde tenían que rendir el informe del vuelo.

—¿Le gusta su oficio, Bruce? —preguntó ella de pronto.

—Me gano la vida —contestó Brady.

—Esa no es una respuesta —se quejó Alice.

—Enseñar a volar es aburrido, se lo digo sinceramente... Pero vuelo, y eso me gusta mucho. Aparte, en ocasiones, surgen vuelos «Chárter» y yo piloto el avión contratado.

—Tengo entendido que antes era buceador profesional.

—Sí.

Alice observó que las facciones del joven se habían contraído ligeramente.

—¿Le gusta más el aire que el mar? —preguntó ella.

—Ahora, sí, señorita.

La joven comprendió que Brady no quería mencionar nada que se refiriese a su antiguo oficio y desistió de seguir tratando el tema. De pronto, consultó el reloj.

—Tenemos que darnos prisa —dijo—. Se me está haciendo tarde. Debo asistir a la reunión del consejo de administración de mi empresa. Brady la miró sorprendido.

—No sabía que fuese una mujer de negocios —exclamó.

Ella se echó a reír.

—Puse «oficinista» en los documentos, cuando decidí aprender a volar,

a fin de evitar compromisos —respondió.

—Ah —murmuró él.

—Por cierto, Bruce. Mañana por la noche, doy una fiesta en mi residencia. Me gustaría que asistiese.

Brady la miró sorprendido.

—Una fiesta —repitió.

—Sí, de cumpleaños. ¿A ver si adivina cuántos cumplo? —le desafió.

Brady la miró críticamente de pies a cabeza.

—Cumpla los que cumpla, no cabe la menor duda de que es una chica realmente atractiva ¿Veinte?

—Por favor... No me halague, Bruce; veinticuatro me «caen» mañana

—rió ella—. ¿Vendrá?

—Se lo prometo.

—Si tiene alguna amistad, llévela también; sin ningún inconveniente.

—De acuerdo.

Dos hombres contemplaban a la pareja, junto a uno de los hangares. Ambos se cubrían los ojos con grandes gafas de color.

—Ahí tienes a los tortolitos —dijo Stuart.

—Podríamos hacerlo ahora —murmuró Seard.

—No, es prematuro. Hay que buscar una ocasión más propicia. Lo discutiremos a la noche con Ryan.

—¿Accederá?

Stuart soltó una risita siniestra.

—Hará todo lo que le digamos, con tal de que su chica no sufra el menor daño. Y ya hemos visto bastante, así que vamos a terminar de discutir el plan con Ryan.

Los dos hombres se marcharon. A poca distancia, una mujer, con pañuelo a la cabeza y gafas de color, observaba, pálida de rabia, a Brady y a su distinguida acompañante. De pronto, encendió el motor, pisó el acelerador y el coche salió disparado. Seard, que conducía el suyo, tuvo que frenar en seco.

—Pero ¿adónde va esa loca? —aulló—. Señora, ¿se cree que el camino es sólo suyo? ¿Te has fijado, Dale? Ha estado a punto de matarnos...

—Déjala y sigue; ya se encargará de ella cualquier motorista de tráfico

—dijo Stuart calmadamente—. Tú conduce bien y sensatamente, y no te busques líos que nos puedan perjudicar.

—Descuida, no habrá problemas.

* * *

Armado con un monumental ramo de flores, Bruce Brady llegó ante la puerta y tocó el timbre. Esperó unos mementos, mientras se atusaba la corbata con la mano libre. Al fin, se abrió la puerta.

Sonrió.

—Hola, encanto.

Penny Rutton era muy hermosa. Alta, rubia, de cuerpo escultural y ojos intensamente azules, era la mujer con la que Brady pensaba casarse en fecha no demasiado lejana. Aquella noche iban a cenar juntos y discutirían los detalles de la ceremonia y el viaje de novios. Brady tenía ahora un buen empleo, con un excelente sueldo y, lo que era mejor, seguro y bien considerado. El porvenir se le presentaba de un agradable color rosa.

Pero los ojos de Penny le miraban de un modo muy extraño. No había en aquellas esplendorosas pupilas el menor signo de afecto.

—Eh, Penny, que soy yo —exclamó—. Tu futuro esposo...

—Tú eres una mierda —contestó ella abruptamente.

Brady respingó. Jamás había oído a su prometida emplear un lenguaje tan atroz.

—Pero ¿qué te pasa, Penny? —dijo—. No te comprendo...

—Me comprenderás mejor cuando te diga que te cases con Alice Kemp

—respondió ella—. Anda, ve, búscala; es guapa y tiene mucho dinero,

—¡Penny!

—Pero ¿es que crees que no tengo ojos en la cara, maldito hipócrita?

—Es sólo mi alumna...

—¡Y un cuerno! A saber cuántas veces os habréis acostado juntos. Sí, cara de mosquita muerta, pero más cachonda que una perra en celo. Apostaría algo a que sabe posturitas que ni siquiera se mencionan en el «Kama-Sutra», ¿eh?

Brady se sentía completamente desconcertado.

—Penny, te juro por lo que más quieras...

—Lo que más quería eras tú y ahora te odio. Fuera, vete, hijo de puta, asqueroso bastardo...

De repente, Penny disparó el pie derecho venenosamente. Brady dio un salto hacia atrás a tiempo; de lo contrario, la puntera de aquel zapato se le habría clavado en la entrepierna.

—¡Por todos los diablos, Penny! —gritó—. ¿Te has vuelto loca?

Ella disparó el pie de nuevo. Esta vez, alcanzó el muslo izquierdo del joven, Brady lanzó un juramento. Furioso, arrojó el ramo de flores. Penny se ladeo y las flores cruzaron el umbral.

—Anda, vete al infierno, loca de atar —dijo él, a la vez que daba media vuelta. Un segundo después, saltó y gritó de nuevo, al sentir el contacto del zapato en sus posaderas.

Estuvo a punto de volverse, para darle una buena bofetada, pero se contuvo a tiempo y se marchó, mascullando mil maldiciones contra una mujer, a quien los celos habían hecho ver cosas que sólo existían en su imaginación. Pasándose una mano por la cara, llegó a su coche y se sentó tras el volante.

Estaba furioso y también decepcionado. Había puesto tantas ilusiones en su matrimonio con Penny... De pronto pensó que habría sido de él,

si se hubiese celebrado la boda. Los celos no le habrían dejado vivir... pero, de todos modos, había recibido un terrible desengaño. Amaba a Penny con todo su corazón y al verla tal como era, se sentía espantosamente frustrado.

Tenía que olvidar lo ocurrido, se dijo. Y para ello no había más que una solución.

* * *

Despertó, sintiendo un horrible dolor de cabeza. Su lengua estaba muy espesa. El alcohol, se dijo, no era remedio para ciertas dolencias del alma.

Las sienes le martilleaban espantosamente. Tambaleándose, se levantó y fue al baño, en donde el chorro de agua fría le hizo sentirse algo mejor a los pocos momentos. Salió de la ducha, buscó una toalla de baño y, de repente, se quedó inmóvil.

Aquél no era su cuarto de baño, ¿Dónde estaba?, se pregunto.

—¿Adónde diablos me ha traído la borrachera? —masculló.

Se secó rápidamente y salió del baño. Una mujer entraba en el dormitorio en aquel instante, con una bandeja en las manos.

—Café, negro y muy cargado, y aspirinas —dijo alegremente—, ¿Cómo te encuentras, Bruce?

Brady la miró atónito.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Anoche pillaste una buena —rió ella—. Soy Cilly Dow. Cilly es diminutivo de Cecilia. Y estás en mi casa. Anda, toma una taza de café.

Mientras sorbía la caliente infusión, Brady miró disimuladamente a la mujer. Era joven, unos treinta años, de hermosos pechos y sólidas caderas, que se podían entrever bajo la bata de encajes. El pelo era rubio, evidentemente retocado el color por medio del tinte adecuado. No tardó en comprender que se hallaba en la casa de una profesional.

—¿Hice algo inadecuado? —preguntó.

—No mucho. Sólo te quejabas del desvío de cierta dama... pero eso es muy corriente. Muchos hombres acuden a mí, cuando se encuentran en un compromiso como el tuyo. Por cierto, te quedaste dormido apenas llegar a casa. Tuve que quitarte las ropas... Te has portado muy bien; no has vomitado, ni me has ensuciado el apartamento...

Brady bebió más café. Las aspirinas empezaban a surtir efecto.

—Lo siento de veras, Cilly —dijo.

—No te preocupes. Sucede con frecuencia. No eres el único. ¿La encontraste con otro?

—Ella me despidió. Dijo que yo la engañaba. No es cierto.

—Hay muchas mujeres que ven visiones y en cuanto divisan a su hombre en cualquier situación, piensan siempre lo peor. Si era celosa,

no lo lamente; habría convertido tu vida en un infierno.

—Creo que no sucederá —murmuró él, sentado en la cama—. De todas formas, Cilly, muchas gracias. Ah... tienes que decirme cuánto... Ella sonrió enigmáticamente.

—No te preocupes ahora de eso —contestó—. Te llamas Bruce Brady, ¿no es cierto?

—Sí.

—He visto tu documentación. Oh, no vayas a creer, no falta un solo dólar en tu billetera. Pero quiero decirte algo que puede interesarte.

—¿Qué es Cilly?

—Alguien te anda buscando. He oído rumores... No me preguntes cómo, porque soy discreta. Te buscan, Bruce.

—¿Para qué? —se sorprendió él.

—Quieren un buen buceador, es todo lo que puedo decirte. ¿Eres submarinista?

—Lo era —contestó Brady ceñudamente—. Pero, sea quien sea, pierde el tiempo. Juré no sumergirme más y no lo haré, aunque me paguen a peso de oro.

—Eso ya es cosa tuya. Yo te lo he advertido... y creo que debes tener cuidado, porque sé que te obligarán a sumergirte.

—No veo cómo. Ni aunque me pusieran una pistola en el pecho volvería a ponerme el equipo de inmersión.

—Por mi parte, ya estás advertido. ¿Cómo te sientes, Bruce?

—Mejor. Casi estoy bien del todo.

—¿Tienes prisa?

Brady consultó su reloj. Eran las diez de la mañana. La fiesta de cumpleaños de Alice Kemp se iniciaba a las cinco de la tarde. Ya le había comprado incluso el regalo.

—No, no tengo prisa —respondió.

La bata cayó al suelo. Cilly quedó desnuda, terriblemente excitante, con los grandes y redondos senos, erguidos, picudos en rosa, la cintura estrecha y el vientre sugeridor de mil placeres. Cilly sonreía de un modo especial.

—Puedes confiar en mí —dijo—. Estoy muy sana.

Brady alargó una mano y tiró de ella. Con la otra, se quitó la toalla y la arrojó a un rincón. Tiró de Cilly y los pechos de la mujer oscilaron, acariciándole el rostro. Las bocas se unieron después en un beso mutuamente devorador. De pronto, Cilly dio la vuelta y quedó boca arriba. Brady cayó sobre ella. Era una profesional... pero le ayudaría a olvidar. Cilly era mucho mejor que el alcohol. Mil veces mejor. Cien mil veces mejor. Un millón de veces... mejor...

CAPÍTULO III

Los dos hombres salieron del Banco, andando rápidamente. Uno de ellos era portador de una bolsa de lona, repleta de billetes. Ambos llevaban grandes gafas de color y bigotes postizos.

El coche aguardaba a la puerta. En el momento de entrar, Ryan cambió una mirada con Seard, quien Ocupaba otro coche a poca distancia.

Los tres iban vestidos de idéntica manera: pantalones vaqueros y cazadoras de color anaranjado. Ryan arrancó, en el momento en que se percibía el chirrido del timbre de alarma del Banco.

Se oyó una sirena policial. La alarma silenciosa había funcionado también, un poco antes.

La gente supuso lo que ocurría y empezó a apartarse de la puerta del Banco. Seard dio el contacto de su automóvil. Esperó.

El coche de patrulla llegó en aquel instante. Sus dos ocupantes saltaron inmediatamente. Un empleado salió a su encuentro. Entonces, Seard apuntó con todo cuidado y disparó un tiro a la rueda delantera derecha del automóvil de la Policía. Antes de que los patrulleros pudieran reponerse de la sorpresa recibida, pisaba el acelerador y arrancaba como un cohete.

Seard dobló la siguiente esquina casi sobre dos ruedas. Alcanzó un cruce próximo, viró de nuevo, frenó y saltó del coche, metiéndose en un bar.

Había muy poca gente en aquellos momentos.

—¿El lavabo, por favor? —preguntó.

El *barman* señaló con la cabeza. Seard cruzó el local, entró en el lavabo y se quitó inmediatamente las gafas y el bigote. A continuación, se despojó de la cazadora, a la que dio la vuelta, dejando ver el revés, de fuerte color azul. Se la puso y abrió la ventanita situada al fondo, por la que saltó inmediatamente a un patio posterior. Minutos después, se había convertido en un apacible transeúnte, que caminaba mascando chicle, aparentemente entretenido en contemplar el panorama urbano.

En el otro coche, Stuart hizo lo mismo: después de quitarse las gafas y el bigote, dio la vuelta a su cazadora y se la puso con el color azul al exterior, Ryan había recobrado su apariencia normal, Stuart dio unos cuantos tirones sucesivamente a ambas mangas, ya preparadas para la eventualidad. Luego arrancó el cuerpo de la cazadora, Ryan, que no había dejado de conducir un solo instante, quedó con una camisa de color claro, con bolsillos y manga corta.

Entonces, los dos rieron al mismo tiempo.

—Ha salido estupendamente —dijo Ryan.

—Sí. ¿Cuánto calculas?

—Unos ochenta mil. Cubriremos los gastos de sobra.

—La verdad, empezábamos ya a estar escasos de fondos...

Stuart se interrumpió de pronto. Acababa de notar en la nuca el contacto de una cosa dura y fría.

Alguien dijo:

—Caballeros...

Ryan blasfemó.

—Pero ¿qué diablos...?

Ella volvió a hablar.

—Caballeros, presten atención, por favor —dijo con gran calma—. Conozco sus planes... No, no traten de negarlo, porque sería inútil. Sé que andan detrás de una bolsita que contiene un millón de dólares en perlas. No les voy a pedir demasiado; sólo un tercio de las perlas. ¿Les conviene?

—¿Quién es usted? —preguntó Ryan, quien apenas si había reaccionado de la sorpresa recibida.

—Mi nombre es Mary Neidland. Pueden llamarme Mary, Lott, Dale; no hay objeciones a un tratamiento amistoso. Pero sepan que puedo ponerles en un serio aprieto... porque si no acceden a mi petición, dispararé ahora mismo y los mataré a ambos. La Policía me felicitaría; diría que me habían secuestrado, junto con mi coche... Sí, es mi coche y lo dejé especialmente para que lo robaran. Diría que conseguí arrebatárles una de sus pistolas...

—Lott, la chica es infernalmente lista —dijo Stuart con lúgubre acento.

—Celebro que sepan apreciarlo así —rió ella—. Otra advertencia; si tratan de jugarme una mala pasada, durante la búsqueda de las perlas, una persona amiga enviará una carta a la Policía, detallando ampliamente el uso de los dos cohetes «Sam-7», que hundieron a «La Sirena Negra», a lo que siguió después el ametrallamiento de los supervivientes. ¿Lo han comprendido?

—Tenemos un socio a la fuerza —masculló Ryan.

—Acaba de definir exactamente la situación. Y no van a perder tanto; sólo un tercio de las perlas. Las contaremos, las separaremos, según tamaños... y luego haremos una división equitativa. ¿Estamos de acuerdo?

Las manos de Ryan se cerraron sobre el volante.

—Estamos en su poder —dijo.

—Me alegra oírle hablar así —contestó la mujer—. ¿Ha resultado fructífero el golpe?

—Casi ochenta mil —respondió Stuart de mala gana.

—Estaban apurados de dinero —adivinó ella.

—Sí. ¿Cómo se ha enterado...?

—No se preocupe; la forma en que he adquirido, mis informes, no

debe quitarle el sueño. ¿Cuándo piensan volar a la «Silver Seagull».

—Esta misma noche —contestó Ryan—. Tenemos que buscar al submarinista que debe sumergirse; de lo contrario, no haremos nada.

—Muy bien, considérenme su acompañante fijo a partir de este momento, Observarán que les permito conservar sus armas. No pueden intentar nada contra mí; si lo hicieran, acabarían en la cárcel para el resto de sus días.

—Está bien. Considérese admitida en la sociedad —dijo Ryan.

Mary lanzó una alegre carcajada.

—Gracias, Además, tenga en cuenta una cosa: soy muy guapa y me gustan los hombres... si saben hacer bien el amor.

—De eso yo entiendo mucho —declaró Stuart, fanfarrón.

—Ya te probaré —dijo ella cínicamente—, A propósito, ¿dónde está el buceador?

—Esta noche iremos a buscarle —contestó Ryan.

* * *

Alice Kemp estaba encantadora, con su traje azul fuerte, largo hasta el suelo y la espalda al aire. Cuando vio a Brady, le dirigió una hechicera sonrisa.

—No sabe cuánto me alegro de que haya venido —dijo—. ¿Solo?

—Lo consideré preferible —respondió él—. Felicidades, señorita Kemp.

Y le entregó una cajita, muy bien envuelta.

Alice rasgó la envoltura. Abrió la caja y vio en su interior una rosa diminuta, de plata, montada sobre unas alas de aviador.

—Ch, qué bonito... Bruce, ¿cómo se le ha ocurrido? Es de un gusto exquisito...

—Me parece lo más adecuado en su cumpleaños. A fin de cuentas, dentro de un par de días le concederán la licencia de piloto.

Ella le miró, con ojos levemente húmedos.

—Gracias otra vez, Bruce. Ande, vaya por ahí y diviértase. Hay muchas chicas bonitas y usted es terriblemente atractivo. No dé la sensación de que es un monje vestido de etiqueta.

Brady se echó a reír.

—Tengo muy poco de monje —contestó.

—Luego charlaremos un poco. Ahora tengo que atender a mis invitados —se despidió Alice.

Un camarero de color, ataviado con chaquetilla corta, blanca, pasó con una bandeja, deteniéndose un instante ante el invitado. Brady cogió una copa y se puso a andar.

La terraza, enorme, estaba llena de gente. Había una gran piscina, con un surtidor central, de luces cambiantes. En el interior del agua, una hilera de lámparas corría a todo lo largo de la piscina, cambiando

también sus colores, concertadamente con las del surtidor. «Dinero, aquí hay mucho dinero», pensó.

Había tanto dinero, que la música era natural, interpretada por una orquesta de siete miembros, más una cantante de color. Brady divisó a un matrimonio maduro, charlando con unos invitados. La mujer era guapa todavía y se parecía extraordinariamente a Alice. El hombre, grueso, con entradas en la frente y las sienes blancas, debía de ser el padre de su alumna.

Bailó unas cuantas piezas y empezó a animarse. Cilly Dow le había levantado mucho el ánimo. Era cosa de continuar. «¡Al diablo con Penny Rutton!».

Alice le buscó una vez,

—No me ha pedido un solo baile —se quejó.

—Esta es la ocasión—contestó él.

Bailaron y luego descansaron unos momentos. Alice tenía los ojos muy brillantes,

—¿Qué le parece la fiesta, Bruce?

—Maravillosa. Lo mejor de todo, sin embargo, es la anfitriona.

—Gracias, pero creo que hay chicas más bonitas que yo.

—Es posible. Sin embargo, apuesto a que ninguna es tan trabajadora como usted, Y eso vale tanto o más que la misma belleza física.

Alice se puso repentinamente seria.

—¿De veras lo cree así, Bruce?

Brady demoró la respuesta un segundo. Pensaba en Penny. Hermosa, quizá mucho más que Alice. Pero no sabía que hubiese trabajado nunca. Y ahora que pensaba en ello, ¿de qué vivía?

Apartó aquellos recuerdos de su mente. No merecía la pena.

—Le diré una cosa —habló al cabo—. Me gusta la mujer emprendedora y que trabaje en algo, que sepa utilizar su inteligencia tanto o más que su propio físico. Aunque, naturalmente, no me gustaría que se absorbiese tanto en su trabajo, que llegase a descuidar por completo a su marido. Y a sus hijos, si llega a tenerlos

—Me gusta su forma de pensar, Bruce —sonrió ella.

De pronto, alguien la llamó. Alice se marchó. Un camarero ofreció de beber al joven. Bruce negó con la cabeza. Ya tenía bastante.

Había pasado un buen rato en la fiesta. Empezó a pensar en la conveniencia de marcharse. Buscaría la ocasión propicia y se despediría de Alice.

Edward Kemp, padre de la muchacha, sonrió.

—Parece que te gusta ese joven —comentó.

—Es mi profesor de vuelo, papá —respondió ella—. Un hombre muy sensato, con la cabeza en su sitio.

—¿Has dicho que es piloto?

—Sí. Enseña a volar, pero también hace vuelos «Chárter» cuando es

necesario. En la Escuela de Vuelo me han dicho que es su mejor piloto. No hay otro tan solicitado como él.

—Si es tan bueno, ¿no crees que podríamos ofrecerle un empleo en nuestra línea? Tenemos una excelente reputación, tú lo sabes mejor que nadie; pero andamos escasos de buenos pilotos. Las grandes compañías los acaparan...

—Hablaré con él y le sondearé, si te parece.

—Es una buena idea, hija.

De pronto, un camarero se acercó a padre e hija.

—Señorita Alice, la llama el señor Brady —anunció.

—Gracias, August —contestó ella—. Me dispensas ¿verdad, papá?

—Claro, muchacha.

—El señor Brady está al otro lado, señorita —informó el camarero.

—Muy bien.

Alice echó a andar. Le extrañó que Brady la hiciese ir a un rincón poco iluminado. No parecía propio de él, se dijo. Si buscaba algo nada honesto, le pararía los pies...

Dio la vuelta al edificio y entonces vio al joven.

Brady tenía las manos a la altura de los hombros. Detrás de él, había un individuo, que le amenazaba con una pistola.

—Bruce...

—¡Silencio! —dijo alguien.

En su desnuda espalda, Alice sintió el frío contacto de una pistola.

—Ni una palabra —dijo el segundo individuo—. El primero que abra la boca, considérese muerto. Por si lo sabían, esto es un secuestro. ¿Está claro?

Bruce miró a la muchacha. Alice, impotente, se dio cuenta de que no podían hacer nada para librarse de la crítica situación en que se encontraban.

Minutos más tarde, estaban a bordo de una furgoneta, conducida por una mujer de pelo negro, muy hermosa, al parecer. Ellos viajaban en el compartimiento de carga. Todavía no se habían atrevido a despegar los labios.

De pronto, uno de los secuestradores, sacó un tubo y disparó un chorro de gas al rostro de Brady. El joven comprendió inmediatamente que iba a dormirse. ¿Por qué lo secuestraban?

De pronto, recordó el aviso de Cilly.

Pero ya era tarde para hacer algo. Él sueño llegó casi instantáneamente, privándole de todas las sensaciones.

CAPÍTULO IV

Despertó, con la cabeza embotada, percibiendo en el interior de su cerebro un sordo rumor, que parecía traspasarle de lado a lado. Al intentar moverse, notó que tenía las manos atadas a la espalda.

Al cabo de unos segundos, vio unas estrellas a través de un cristal. De pronto, el suelo en que se hallaba, descendió bruscamente. El ruido cambió de ritmo un segundo. Entonces comprendió que se hallaba a bordo de un avión.

Todavía era de noche. Sin embargo, le pareció advertir cierta claridad, lo que le dijo que pronto amanecería.

En el techo, una lámpara emitía cierto resplandor. Volvió la cabeza.

Alice estaba tendida a su lado. Ya daba señales de recobrar el conocimiento. Como él, tenía las manos atadas a la espalda.

Brady hizo un esfuerzo y se sentó. Ella abrió los ojos a los pocos momentos.

—Bruce...

—No tema —dijo él—. Estamos a bordo de un avión.

—Nos secuestraron...

—Sí, y creo adivinar los motivos, al menos, en lo que a mí se refiere.

—¿Está seguro?

—Antes de nada, ¿cómo se siente?

—Tengo la mente embotada...

—Es el narcótico. Se le pasará pronto.

—¿Sabe hacia dónde nos dirigimos?

—No tengo la menor idea. Lo siento, Alice.

Ella se sentó también.

—Pedirán un rescate por mí —supongo.

—Parece lógico —convino él pensativamente—. Pero yo no tengo dinero...

—Mi padre pagará lo que sea —exclamó Alice con vehemencia.

—A mí me pedirán otra cosa —dijo él, ceñudo—. Me lo advirtieron, pero, sin embargo, no supe adivinar lo que iba a suceder. Me dijeron que alguien buscaba un buen buceador y yo pensé que rechazaría la oferta, por tentadora que fuese. Pero no pude imaginarme lo del secuestro.

—¿Bucear? ¿Para qué, Bruce? —se extrañó Alice.

—Para nada bueno, seguro.

De repente, se abrió la puerta del compartimiento de carga. Un hombre apareció en el umbral y se apoyó en el mamparo, a la vez que sonreía alegremente.

—Celebro verles despiertos y en buen estado —dijo—. Mi nombre es Lott Ryan y soy el propietario de este avión. Vamos a estar algunos días juntos y mi deseo es que todo transcurra con normalidad.

Lamento la forma en que tuvimos que traerlos hasta aquí, pero no había otra solución. No obstante, puedo asegurarles que serán bien tratados y que no recibirán ningún daño, a menos que su comportamiento se salga de las normas.

—Un discurso excelente —contestó Brady—, Sin embargo, ha olvidado una cosa. ¿Por qué nos han secuestrado?

—Es hora de que lo sepa, Bruce. Supongo que no le importará que le llame por su nombre.

—Está usted en su casa, digo, en su avión.

—Gracias. Necesito rescatar algo que está en el fondo del mar, aproximadamente a unos ciento diez metros de profundidad. Usted se encargará de sumergirse y extraer el objeto mencionado. Naturalmente, hemos provisto todo lo necesario para la inmersión, aunque, como es lógico, permitiré que revise el equipo, para evitar fallos innecesarios y, posiblemente, fatales —declaró Ryan.

—Señor Ryan, hace un par de años, me juré a mí mismo no meter la cabeza bajo el agua, ni siquiera en la bañera. No espere de mí colaboración alguna en su empresa, sea lo que sea —respondió Brady tajantemente.

Ryan se echó a reír.

—Bruce, sospecho que no ha sabido darse cuenta exacta de la situación —exclamó jovial—. Le tenemos a usted y tenemos a su prometida. ¿No se siente capaz de imaginarse lo que le puede pasar a esa hermosa joven, si usted se niega a trabajar para nosotros?

Alice se indignó al oír aquellas palabras.

—Oiga, pero yo no...

—¡Cállate! —exclamó Brady enérgicamente.

Lo había comprendido todo en fracciones de segundo. Aquellos sujetos se habían equivocado. Alice estaba allí, en lugar de Penny.

Ella le miró, sorprendida.

—No, hay otra salida, Bruce —dijo Ryan—. Tanto si le gusta como si no y aunque lo haya jurado sobre una pila de Biblias de un kilómetro de altura, usted se sumergirá en el lugar que le indicaremos y extraerá la cosa que estamos buscando. A su debido tiempo, le informaremos con más detalle de qué se trata, pero, recuerde: tiene que hacerlo o ella lo pasará muy mal.

Ryan ya no habló más. Dio un par de pasos hacia atrás y cerró la puerta. Brady y Alice se quedaron a solas.

—¿Por qué me ordenó que callase? —preguntó la chica—. Yo no soy su prometida. ¿Es que ese tipo se ha vuelto loco?

—Alice, los secuestradores se han confundido. Creyeron que usted es mi prometida.

—Oh, no...

—Ya ha oído a Ryan. Quieren que yo rescate algo que está en el fondo

del mar y cuentan con usted, para obligarme a quebrantar mi propio juramento.

—Pero eso es absurdo. Ellos no pueden...

—¿No? Tienen la fuerza y es suficiente —dijo él amargamente—. No tengo más remedio que obedecerles. En modo alguno puedo consentir que usted sufra el menor daño.

—Es la cosa más fantástica que me ha sucedido en los días de mi vida —exclamó Alice—. ¿De veras se plegará a las exigencias de esos forajidos?

—Tengo que hacerlo, por usted. —Brady meditó unos segundos—. Y, en mi opinión, creo que convendría seguir manteniéndoles en el error.

—¿Cómo?

—Mi prometida se llama Penny Rutton. A partir de ahora, usted... tú eres Penny. Si conocieran tu auténtica personalidad, podrían querer algo más que una inmersión mía en busca de... contrabando, seguro. Alice se mordió los labios.

—Está bien, pasaré por Penny —accedió al fin—. Pero se me ha ocurrido una idea de repente.

—Dígala sin rebozos —pidió él.

—Cuando usted haya sacado de! fondo del mar eso que están buscando, nos matarán. Tiene que tratarse de algo ilegal o no nos habrían secuestrado. Y cuando hayan conseguido lo que buscan, pensarán que no pueden dejar vivos a unos testigos comprometedores. ¿Lo entiende ahora?

—Sí, estoy de acuerdo con usted... contigo. Pero antes de que lleguemos a esos extremos, pondré en práctica algunos trucos que conozco. De momento, sin embargo, estamos a salvo, que es lo importante. Y aún pasará algún tiempo antes de que comience la inmersión. Tendré que conocer bien el terreno que piso...

De pronto, el suelo del avión se inclinó ligeramente.

—Estamos perdiendo altura —dijo Brady—. Vamos a aterrizar.

* * *

Brady no se equivocaba. El anfibio, hábilmente pilotado por Ryan, aterrizó sin dificultades y se deslizó sobre las aguas hacia la roca que se erguía en la superficie del mar, hasta una altura de unos ochenta o noventa metros. Era un saliente pétreo, cuya anchura máxima no rebasaba los seiscientos metros y, en algunos puntos, estaba bordeada de arrecifes, perpetuamente envueltos en espumas blancas, ahora grisáceas a la escasa luz del día.

Cuando el avión se estabilizó un tanto, Brady hizo un esfuerzo y se incorporó para mirar a través de una lucerna. Estaba en el costado de babor y vio que el aparato se deslizaba a poca distancia de un barquichuelo de escaso tonelaje, viejo y con desconchados en la

pintura, aunque tenía la seguridad de que los motores funcionaban perfectamente.

El barco siguió al hidroavión, que se metió en una angosta ensenada, de paredes verticales y aguas muy profundas, de un bellissimo color verde. Alguien, en la proa, lanzó un ancla y el aparato se paró con una ligera sacudida, a la vez que las hélices detenían su giro.

El barco se detuvo a poca distancia. Una escotilla se abrió en el costado del aparato.

—¿Todo bien, Davy? —preguntó Stuart.

Seard asomó medio cuerpo por la timonera.

—Todo bien —contestó—. Voy a arrimarme con todo cuidado, Lott.

—Perfectamente. Mantén el motor en marcha y procura evitar las colisiones,

—O.K., Lott.

Brady contempló la maniobra desde la portilla. A los pocos segundos, vio saltar una mujer a bordo. Era una espléndida morena, de curvas sensuales, vestida con una blusa sin mangas y pantalones muy cortos, ceñidos a las opulentas caderas.

Varios paquetes volaron por los aires y cayeron sobre la cubierta del pesquero. Luego, alguien abrió la puerta del compartimento de carga.

—Soy Dale Stuart —se presentó el sujeto—. Vamos a transbordar al barco, pero antes les soltaré las ligaduras. Recuerden, nada de jugarretas o la chica lo pasará mal. Para ser más exactos, dejará de pasarle todo.

—No habrá jugarretas —aseguró Brady.

Stuart sacó una navaja y cortó las ligaduras del joven. Brady se frotó las muñecas para restablecer la circulación de la sangre. Alice hizo lo mismo segundos más tarde. Stuart tuvo la suficiente cortesía para esperarles, comprendiendo lo que les ocurría. Al cabo de unos momentos, movió la mano:

—Sígueme —ordenó.

Bruce salió el primero y se acercó a la escotilla. Tanto en el compartimento de carga como en el de los pasajeros, había numerosos bultos, que supuso de provisiones y otros efectos que iban a necesitar durante su permanencia en alta mar. Alguien había tendido una pasarela de madera entre el barco y el avión. En aquel lugar, las aguas estaban absolutamente calmadas y los movimientos eran poco menos que nulos.

Al poner el pie en cubierta, se volvió y tendió la mano a Alice. Hacia el Este, el sol asomaba, rojo de fuego, incendiando la atmósfera con sus primeros resplandores. Brady comprendió que aquella ensenada era un escondite perfecto para el anfibio. Sobre sus cabezas, a sesenta metros de altura, graznaban las gaviotas y otras aves marinas.

—El otro miembro del grupo se llama Davy Seard —dijo Stuart—. Hay

una mujer. Su nombre es Mary Neidland.

—¿Quién habla de mí? —sonó en aquel instante la voz de la mujer.

—Yo, Mary, no te preocupes...

Ella subía en aquel momento desde la cámara. Vio a los prisioneros y un gesto de extrañeza se dibujó inmediatamente en su hermoso rostro.

—¿Qué hace esta mujer aquí? —exclamó.

—Es Penny Rutton, la prometida de Brady —contestó Stuart.

—¿Estás loco? ¿De dónde has sacado este disparate, Dale?

—Mary, no me insultes...

—¡Imbécil! Ella no es Penny Rutton. He visto su fotografía muchas veces en las revistas de sociedad. ¡Es Alice Kemp, la hija de Edward R. Kemp, el financiero y hombre de negocios!

Ryan se descolgó de un salto desde la timonera.

—¡Mary! ¿Estás segura de lo que dices? —rugió.

—Pregúntale a ellos, si no me crees —contestó la mujer, con una mano en la cadera.

—Sí, soy Alice Kemp —confirmó la chica.

—Ustedes se confundieron —añadió Brady.

—Por todos los diablos... ¿Cómo pudimos cometer un error semejante? —barbotó Ryan,

Stuart dejó caer las manos a lo largo de los costados.

—Tanto trabajo, para nada —dijo desatentadamente—, Ahora, Brady se negará a sumergirse...

—Espera un momento. —Ryan sonrió con perversa expresan—. Ella es hija de un millonario, ¿no? Y Brady estaba en su casa, lo que significa que la conoce. Por tanto, no querrá que le suceda ningún daño. ¿Me equivoco, Brady?

El joven se enderezó.

—Estoy dispuesto a colaborar —respondió, muy envarado.

Ryan se echó a reír.

—¿Lo veis? Es un muchacho muy amable y se sumergirá para nosotros. Naturalmente, no puede consentir que a la hija de un tipo tan importante como Kemp le pase algo malo. De modo que no importa que nos hayamos equivocado; tenemos al buceador y a la persona que le impulsará a sumergirse. ¿No es estupendo?

Seard rió desde la timonera.

—A fin de cuentas, es una chica guapa y eso es lo que importa, porque él no querrá que le estropeemos la cara... o algo más.

Alice se estremeció al oír aquellas palabras. Ryan añadió:

—No le liaremos nada, porque Brady está dispuesto a cooperar. ¡Davy, es preciso cubrir el avión con las redes de enmascaramiento! Brady, usted tiene experiencia; también es piloto. Venga a ayudarnos.

—No tema, Alice —murmuró él.

Alice quedó junto a la borda. Mary la contemplaba críticamente.

—De verdad, sería una lástima tener que estropear una cara tan bonita —murmuró. De pronto se echó a reír—. Me pregunto qué habrá dicho tu papaíto cuando conozca tu desaparición.

—Habrá movilizado a toda la Policía del Estado de Florida —contestó Alice.

—Pero no le servirá de nada —afirmó Mary rotundamente—. Antes de que puedan localizarnos, habremos alzado el vuelo y no nos encontrarán jamás.

Al oír aquellas palabras, Alice pensó que había acertado. Cuando Brady hubiese sacado el contrabando del fondo del mar, los asesinarían sin sentir el menor remordimiento. Pero, al mismo tiempo, confiaba en el joven, para salir indemne de aquella situación que se le había presentado tan inesperadamente.

CAPÍTULO V

De pronto, Mary se quitó la blusa, el sostén y los pantalones, quedando únicamente con un trozo de tela triangular, sujeto por una tira de cinta ceñida a las caderas.

—Quiero tostarme todo el cuerpo —dijo, sin el menor rubor.

Ryan tenía el sextante en las manos. Sin reparar en las codiciosas miradas que Stuart y Seard dirigían a la hermosa morena, hizo la observación. De pronto, movió la mano.

—¡Dale, para motores! ¡Davy, larga el ancla! ¡Hemos llegado!

El barco se detuvo a poco con un ligero estremecimiento. Ryan, satisfecho, guardó el sextante en su estuche.

—¡Bruce! —llamó.

Brady estaba recostado contra la regala de estribor y se enderezó.

—Ven —dijo Ryan—. Quiero enseñarte tu equipo. Hoy mismo empezarás a revisarlo. Mañana debes realizar la primera inmersión.

—Está bien.

Mary se volvió hacia la timonera. Vio los rostros de los otros dos hombres y decidió que aquello no le gustaba, por lo que se encaminó a su camarote, del que salió a poco con un ancho cinturón. Un ancho cuchillo estaba en su funda, que ella sujetó, para mayor seguridad, al muslo izquierdo.

—Podéis ver —dijo fríamente—. Pera nada más. ¿Entendido?

Seard lanzó una risita.

—Por ahora —contestó.

—Mary, ¿por qué no nos sirves un poco de café? —sugirió Stuart.

—Claro...

Mary dio un paso hacia la escotilla, pero, de pronto, se detuvo y fijó la vista en Alice.

—Espera un poco, Dale. Tú —se dirigió a la chica—, ve a la cocina y pon la cafetera al fuego.

—No quiero —contestó Alice—. Esto no entra en mis obligaciones.

Los ojos de Mary centellearon.

—Baja a la cocina o tendrás que lamentarlo —insistió.

—No puedes obligarme...

La mano de Mary se disparó de pronto y golpeó duramente la mejilla de la otra mujer. Alice, sorprendida, se tambaleó, pero, de súbito, recuperándose, dio un paso hacia adelante y lanzó su puño izquierdo contra el estómago de Mary. La morena aulló, a la vez que se doblaba sobre sí misma. Alice la agarró por el pelo y la hizo incorporarse.

—Nadie me pone la mano encima sin tener que lamentarlo —dijo.

Y disparó su puño derecho contra la mandíbula de la otra.

Mary salió catapultada hacia atrás y cayó de espaldas. Stuart y su compinche reían atronadoramente Mary, sin embargo, no había

perdido del todo el conocimiento.

Sacudió la cabeza y se levantó, con un fuerte bamboleo de los senos desnudos. Súbitamente, desenfundó el cuchillo y, levantándolo sobre su cabeza, cargó contra Alice, a la vez que emitía un terrorífico alarido.

Stuart se asustó

—Esa loca va a matarla...

—¡Quieta! —aulló Seard.

Alice esperó a la otra a pie firme. Cuando el cuchillo caía sobre ella, levantó la mano izquierda y atenazó la muñeca de Mary. Al mismo tiempo, metía el hombro izquierdo y giraba sobre sus talones, a la vez que se inclinaba adelante.

Mary lanzó un chillido al voltear en el aire. Pasó por encima de la borda y cayó al agua, con gran estallido de espumas. Seard y Stuart, enormemente divertidos, se reían a mandíbula batiente.

—A mí me va a dar algo... —decía Seard, a la vez que se palmeaba los muslos.

Stuart no podía hablar siquiera. Mary emergió, con el pelo tapándole los ojos. Furiosa, enloquecida por la rabia, emitía imprecaciones apenas inteligibles.

El cuchillo había caído sobre la cubierta. Alice se inclinó para recogerlo. En aquel instante, vio algo que se movía silenciosa y raudamente hacia el barco, una brillante aleta triangular, de siniestro color negro.

—¡Tiburón! —gritó—. ¡Mary, apresúrate!

Agarrándose con una mano a la borda, tendió la otra. Mary, a la que el miedo había enloquecido, buscó aquel asidero. Stuart corría desalado por la cubierta y ayudó a Alice. Mary cayó sobre la cubierta, justo cuando el escualo, al ver que fallaba el golpe, viraba en redondo. El escándalo llegó hasta la bodega. Ryan y Brady corrieron a la cubierta. Mary mojada de pies a cabeza, estaba tendida en el suelo, sollozando histéricamente.

—¿Qué ha pasado aquí? —rugió Ryan.

—Ella me dio una bofetada. Yo la contesté y la tiré al mar. Pero cuando apareció el tiburón, me apresuré a salvarla. No la quiero tan mal como para dejar que una fiera marina la devore —explicó Alice.

Brady frunció el ceño.

—No me había hablado usted de tiburones, Ryan —se quejó.

—¡Cállate! —gritó el aludido—. ¿Por qué os habéis peleado, Mary?

La morena guardó silencio. Stuart dio un paso hacia adelante.

—Jefe... Mary le dijo que hiciese café y ella se negó...

—No estoy aquí para servirles de cocinera —dijo Alice orgullosamente.

Ryan se mordió los labios.

—Escúcheme, guapa —dijo—. Usted está aquí, para hacer todo lo que se le mande. Y si se niega a hacerlo, la arrojaré por la borda, sin importarme un pepino si hay o no tiburones, ¿entendido?

Alice miró un instante al joven. Brady hizo un gesto imperceptible con la cabeza.

Ella sonrió.

—Cuando se piden las cosas con tanta educación, es imposible no acceder —contestó irónicamente—. Oiga, Ryan, así no puedo estar; aún llevo el vestido de fiesta...

—Venga conmigo y le daré ropas —gruñó el jefe—. Brady, hablaremos luego.

—Está bien.

Mary se había levantado ya Alice se inclinó, recogió el puñal y se lo lanzó desdenosamente. Mary apenas tuvo tiempo de atraparlo al vuelo con las manos.

—Has pasado un buen susto, ¿eh? —dijo Stuart, burlón.

—¡Qué muchacha! —exclamó Seard—. Puede que sea mujer, pero los tiene más gordos que los míos.

Mary se marchó rabiosa. Los dos hombres cambiaron una mirada.

—Espero que esto se acabe pronto o el negocio se irá al infierno —dijo Stuart

—No duraremos muchos días aquí —vaticinó el otro.

* * *

El barco se balanceaba suavemente en un mar en calma. Todos dormían a bordo. Seard, huyendo del calor, se había tumbado en la proa, sobre una manta, con un salvavidas por almohada. Estaba boca arriba y roncaba ruidosamente.

Los únicos despiertos eran Brady y Alice, sentados, sobre la cubierta, con la espalda apoyada en la pared de la cámara. Ella se había puesto una camisa y un par de pantalones, evidentemente grandes, pero más cómodos que el vestido de fiesta que había llevado hasta entonces.

—Bruce, ¿te sumerges mañana?

—Haré unas cuantas pruebas. Entrenamiento, ¿sabes? Hace dos años largos que no meto la cabeza bajo el agua.

—Pero hay tiburones —se asustó ella.

—Espero, que no acudan mientras esté allá abajo. Los hombres vigilarán y me avisarán si ven peligro.

—Si estás a mucha profundidad, no podrás hacer las etapas de descompresión, Bruce.

El joven hizo una mueca.

—Estamos alejados de la costa. He dicho que no tiren las basuras al mar. Creo que podré sumergirme sin riesgo. Pero, además, tengo que hacerlo. Esos tipos no se detendrían ante nada, Alice.

—¿Se te ha ocurrido algún plan para evadarnos?

—El avión —contestó él—. Sin embargo, Lone Rock está a cinco millas. Habrá que buscar la ocasión propicia para poder llegar hasta allí.

—Santa Lamba está más lejos —dijo ella, desalentada.

—Sí, once millas. Apenas se ve en el horizonte. Y, como puedes comprender, resulta inútil siquiera soñar con la radio. He echado una ojeada a la timonera. El transmisor está dentro de un mamparo, cerrado con llave. Haría demasiado ruido si intentase forzarlo.

—Hay bengalas de socorro...

—Se verían perdidos y nos matarían. Antes de que llegase la ayuda, ya estaríamos en el fondo del mar, bien lastrados. Deja que pasen unos días. Yo, de todos modos, retrasaré lo más posible la inmersión definitiva. Conozco el oficio y puedo hacer muchas cosas que ellos ignoran. Dos son pilotos, pero no han sido buceadores jamás, y ésa es la diferencia.

—Encontrarás una solución —dijo Alice confiadamente.

Brady sonrió.

—Así lo espero. Por cierto, he oído comentarios sobre la pelea. Le diste una buena lección a Mary. Pero ¿dónde has aprendido...?

Alice volvió la cabeza hacia él, sonriendo satisfecha.

—En estos tiempos, una mujer tiene que aprender a defenderse por sí sola —contestó—. Fui a un gimnasio... claro que no pude hacer nada, cuando nos secuestraron en mi propia casa...

—No te lo reproches; cuando se está frente a una pistola, no hay nada que hacer.

—Sí, tienes razón. Bruce, tú no querías sumergirte, pero vas a tener que hacerlo. ¿Por qué juraste no bucear más?

Brady se puso tenso súbitamente.

—Si no te Importa, preferiría no mencionar el tema por ahora —contestó.

Alice puso su mano sobre el brazo del joven.

—Dispénsame —suplicó—, He sido muy indiscreta...

—No te preocupes, no tiene importancia. Saldremos adelante, te lo aseguro.

—Mi padre sabrá recompensarte, Bruce —aseguró la chica.

—También lo hago por mi propio y muy querido pellejo —rió él—. Lo único que siento es que estés aquí por mi culpa.

—No es tuya la culpa, sino de unos idiotas que se equivocaron... En fin, dan ganas de echarse a reír, si no fuese porque la situación invita más bien a todo lo contrario. —De pronto, Alice bostezó—. Bruce, dispénsame, pero me estoy cayendo de sueño.

—Yo también. Necesito descansar; mañana debo encontrarme en buena forma. Buenas noches, Alice.

A la madrugada, una sombra se deslizó silenciosamente por la cubierta de la amura de estribor y llegó junto al lugar donde dormía Seard. Mary Neidland, armada con una llave inglesa, golpeó suavemente la sien del sujeto. Seard perneó una vez, pero se quedó quieto en el acto. Ella empezó a trabajar de inmediato. A los pocos minutos, Seard abrió los ojos.

Entonces se dio cuenta de que estaba atado de pies y manos. Una tira de cinta adhesiva tapaba su boca.

Mary se inclinó sobre él.

—Seard tú viajabas a bordo de la «La Sirena Negra» —dijo.

El hombre, aterrado, se estremeció. Encogió las rodillas, para golpearla con los pies, pero, de pronto, se dio cuenta de que algo le impedía completar el gesto.

—Tienes atado un peso a los pies —dijo ella—. Voy a lanzarte al agua, pero no quiero que mueras sin saber quién soy yo y por qué lo hago.

Los ojos de Seard expresaron una infinita desesperación. Mary se inclinó más todavía y, pegando los labios al oído del sujeto, habló rápida y brevemente. Seard, frenético, trató de gritar, pero la cinta adhesiva era muy ancha y cubría su boca hasta las dos orejas.

Ella sonrió diabólicamente. Seard advirtió que, durante la inconsciencia, Mary le había arrastrado hasta el borde, situándolo justo bajo uno de los barrotes horizontales de la barandilla.

—Adiós, hijo de puta —le despidió, a la vez que le hacía rodar sobre sí mismo.

Se oyó un leve chapoteo. Las aguas se agitaron unos momentos. Subieron algunas burbujas a la superficie.

Mary se arrodilló. Durante un instante, contempló la botella casi vacía que había dejado junto a la manta utilizada por Seard. Sonriendo para sí, juntó el índice y el pulgar en círculo.

—Una puesta en escena perfecta—, murmuró.

Luego, con el mismo sigilo que a la llegada, regresó á su camarote y se acostó.

CAPÍTULO VI

—No están mal estos huevos fritos —rió Stuart por la mañana.

—Hacer un desayuno no es tan difícil —contestó Alice, en pie junto al fogón de la embarcación—. Capitán, ¿quiere otra ración?

Ryan se echó a reír.

—Hombre, nunca me habían llamado así —exclamó—. No, gracias, ya me he llenado la tripa.

—¡Dale! —dijo la chica.

—Otro huevo, con dos lonchas —pidió Stuart.

—Va en seguida. ¿Bruce?

—Gracias. Con un poco de café, tengo suficiente.

Mary entró en aquel momento.

—Buenos días a todos —saludó, desenvuelta, vestida únicamente con el triángulo de tela negra—. Cocinera, ¿qué hay para llenar la tripa?

—Filetes de serpiente en salsa de tarántula, con menudillos de escorpión —respondió Alice.

Sonaron algunas carcajadas. Mary, impasible, dijo:

—Ponme también pasta de vidrio molido, para untar el pan. Bruce, ¿cómo van los ánimos?

—Bien —contestó el joven—. Hoy empiezo los entrenamientos.

Ryan saltó en el asiento.

—Creí que ibas a sumergirte —barbotó.

—Ni lo sueñes. He pasado dos años inactivo en el oficio. Necesito un período de readaptación —contestó Brady tranquilamente.

—Tiene razón —intervino Alice—. Si quieres encontrar tu tesoro, debes procurar que él trabaje en las mejores condiciones posibles.

—¿Quién te ha dicho que se trata de un tesoro? —aulló Stuart.

Alice se encogió de hombros.

—Es algo que vale mucho, luego es un tesoro. Elemental, querido Watson —contestó. Puso un plato delante de la morena—.

¿Satisfecha?

—Sí, gracias —contestó Mary.

—Hoy cocinaré yo. Mañana te tocará a ti todo el día.

—Está bien... —De repente, Mary pegó un puñetazo sobre la mesa—. La hemos secuestrado y está dándonos órdenes —vociferó—, Brady no debe sumergirse hoy, yo cocinaré mañana... ¿No quiere su majestad que la abaniquemos en sus momentos de descanso?

Brady ocultó una sonrisa tras la taza de café. Alice se estaba portando maravillosamente.

—Mira, no se me había ocurrido —dijo la chica tranquilamente—. Ya te llamaré cuando sienta demasiado calor.

Ryan se puso en pie.

—Basta de charla estúpida —gruñó—. Bruce, vamos a revisar el

equipo. Quiero que hagas tu primera inmersión lo más pronto que puedas.

De pronto, Alice lanzó una exclamación:

—Eh, ¿qué hago con este par de huevos? Son para Davy, pero veo que se retrasa mucho.

—Es verdad —dijo Stuart—, Davy tendría que haber venido ya. Durmió en cubierta y parece lógico que se hubiera despertado antes que nadie.

—Ve a buscarle —ordenó Ryan—. Despiértalo a patadas, si es necesario.

Stuart abandonó el comedor. Ryan y Brady se encaminaron a la bodega.

Las dos mujeres guardaron silencio. Alice empezó a prepararlo todo para fregar los cacharros. De repente, se oyó un feroz alarido:

—¡Davy no está en cubierta!

Mary volvió la cabeza hacia la escotilla. Stuart apareció en la entrada, con las manos asidas al borde superior.

—Sospecho que se ha caído al mar —dijo, muy nervioso.

Ryan apareció a los pocos instantes,

—Dale, ¿qué sucede?

—Jefe, creo que Seard ha caído al mar y se ha ahogado.

Las facciones de Ryan se contrajeron.

—A lo mejor está en cualquier rincón del barco —dijo—. Busca bien, por todos los diablos.

—He visto una botella casi vacía en el sitio donde se tumbó a dormir anoche —contestó Stuart sombríamente.

Ryan lanzó una espantosa maldición.

—¿Habéis oído algo vosotras? —preguntó.

—Sobre las diez de la noche, roncaba estrepitosamente —respondió Alice—. Yo estaba en cubierta con Brady y pude oírle perfectamente. Pero es todo lo que sé; luego me fui a dormir y no he vuelto a verle.

—¿Mary?

—Más o menos, lo mismo que ella —dijo, indiferente—. Aunque me acosté antes, desde luego.

—Yo estuve con Alice hasta la hora que ella ha indicado —expresó Brady detrás de Ryan—. También escuché sus ronquidos, pero no puedo responder de lo que hiciera después.

—No le demos más vueltas —dijo Stuart—. Cayó al agua, borracho, y se ahogó.

Ryan volvió a maldecir.

—De todos modos, vamos a cerciorarnos de que no está en el barco —gruñó—. Brady, seguiremos después.

—Muy bien, tú mandas —contestó el joven

Mary encendió un cigarrillo y entornó los ojos, para mirar a través del

humor.

—¿No lo habréis tirado al agua tú y Brady? —preguntó.

Alice sintió que se le cortaba la respiración,

—Eso es una tontería —dijo.

—Quizá no tanto. Aquí no estáis a gusto. Apuesto doble contra sencillo a que planeáis escaparos cuanto antes. Si Seard está muerto, es un enemigo menos, ¿verdad?

—Mary, ¿no te han dado nunca una paliza auténtica? Si sigues por ese camino, puede que sepas lo que es recibir palos por todas partes.

La morena se puso rígida.

—Te diré una cosa: a mí no me lanzaréis al mar. —Se puso en pie y salió a cubierta.

Alice se mordió los labios. Las insinuaciones de la pérfida morena podían ponerles en un serio aprieto. De todos modos, les necesitaban. A Brady, por supuesto, y mientras no encontrasen lo que buscaban, respetarían sus vidas.

Después...

Procuró no pensar en el «después», concentrándose en su trabajo. Era lo mejor que podía hacer en aquellos momentos.

* * *

Mary se arregló los cabellos con las manos. Sus pesados senos ascendieron con el movimiento. A Stuart se le secó la boca de pronto.

—Podrías taparte esas malditas tetas —gruñó—. Me estás poniendo cachondo.

—No me da la gana —contestó ella desabridamente—. Y si estás así, arréglatelas tú mismo.

—Vete al infierno, zorra asquerosa...

—Será mejor que os calléis los dos —ordenó Ryan de pronto. Estaba apoyado con ambas manos en la borda y miraba hacia abajo—. Brady tarda demasiado para una sesión de entrenamiento —se quejó.

—¿Tienes prisa? —preguntó Mary—. No has sabido hacer bien las cosas, y perdona la franqueza. Lott.

—Quizá tú lo hubieras hecho mejor —dijo Ryan sarcástico.

—Seguro. Una de las cosas que primero hubiera hecho yo habría sido comprar un equipo de televisión submarina, con el control y focos para iluminar el fondo del mar. Eso habría permitido una exploración.

—Ya pensé en ello, pero no tenía tiempo.

—Diablos, «sacaste» del Banco casi ochenta mil dólares.

—Y debía casi las tres cuartas partes. ¿Por qué, si no, te crees que tuvimos que recurrir al atraco? Debía el dinero a un «tiburón», y sus gorilas me hubieran roto todos los huesos. El día del atraco vencía el préstamo. Aparte de eso, necesitaba algún dinero para provisiones... Sí, pensé en el equipo de televisión submarina, pero el prestamista se

negó a adelantarme un solo centavo más.

Apoyada en un mamparo, Alice escuchaba con claridad toda la conversación que se desarrollaba a pocos pasos de distancia. Se había quitado la blusa, quedándose solamente con el sostén, a fin de dorarse un poco los hombros. En cuanto a los pantalones, en vista de que le incomodaban, dada la talla de hombre a que pertenecían, había acabado por cortarlos a la altura de las rodillas.

El mar era una lámina de plata azulada. A lo lejos, las gaviotas volaban en torno al islote conocido como Lone Rock. A su espalda, la isla de Santa Lamba estaba a la insignificante distancia de once millas. Aunque se hallaba relativamente separada del grupo principal de las Bahamas, había allí un pequeño puesto de Policía, una emisora de radio...

Mary y los dos secuestradores continuaban hablando en la banda de babor. De pronto, Alice concibió una idea y se puso en pie. Mientras se abrochaba la camisa, anduvo lentamente hacia la popa, en donde, suspendida de los pescantes, había una gran lancha de goma, con un motor fuera borda de 75 caballos.

Unas cuantas cuchilladas y los cabos quedarían cortados y la balsa flotaría en el mar, pensó. Había cuatro remos sujetos a las bordas de la embarcación, así como el aparejo para una pequeña vela, una lata de agua y una caja hermética, con provisiones de emergencia. Con los remos podrían alejarse del barco lo suficiente para que no se pudiera escuchar el motor y...

De pronto, sonó la voz de Ryan, agudamente sarcástica:

—Es inútil que hagas planes, preciosa. ¡No hay gasolina en el motor!

Brady asomaba en aquel momento y oyó aquellas burlonas palabras. Levantó la máscara y escupió la boquilla del aire. Luego empezó a trepar por la escala adosada al costado del barco.

—He llegado a los treinta metros —dijo—. Mañana me sumergiré a sesenta. Estoy recobrando rápidamente la buena forma.

—Es una noticia que merece un trago —exclamó Ryan alborozadamente—. Dale, trae de beber.

Brady empezó a quitarse el equipo. Mary se le acercó, provocativa, con la sonrisa en los labios.

—¿Cuántos días más, encanto? —preguntó.

—Tres, cuatro... Las inmersiones más profundas exigirán un entrenamiento concienzudo. No quiero cometer errores. Abajo, el menor error, es la muerte.

Mary le ofreció un cigarrillo encendido. Él rechazó con la cabeza.

—Cuando trabajo en el mar, no fumo —contestó.

Stuart llegó con un vaso de whisky... Brady hizo otro gesto negativo.

—Déjalo —rió Mary—. Ahora no bebe, ni fuma... y si yo me abriese de piernas, también me rechazaría.

—Oye, preciosa, ¿por qué no te abres de piernas para mí? —preguntó Stuart desvergonzadamente.

Ella le contestó con una obscenidad. Stuart se echó a reír y se llevó el vaso a los labios. Mary se alejó, con voluptuoso contoneo de caderas. De pronto, se detuvo junto a Ryan y le dijo algo. Ryan sonrió y movió la cabeza afirmativamente. Luego, los dos desaparecieron en las profundidades del barco.

Stuart los vio, lanzó una maldición y estrelló el vaso contra las tablas de la cubierta. Alice emitió un grito de protesta:

—Podías haberlo arrojado al mar. Ahora yo tendré que limpiar eso...

Stuart dio media vuelta y se marchó. Brady cambió una mirada con la chica.

—Se ponen nerviosos —murmuró—. Eso es bueno.

* * *

—Pero el depósito del motor fuera borda está vacío —dijo Alice a la noche, en el mismo sitio que la víspera.

—Sí, lo escuché cuando salía a la superficie —contestó él.

—Yo había pensado en lanzar el bote de goma, remar, hasta una distancia prudencial y...

—La idea es correcta, sólo que no se puede llevar a la práctica. Por ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Hemos de ser prudentes, Alice. Hay en la bodega un compartimiento cerrado con llave. Mientras preparaba el equipo de inmersión, eché muchas miradas alrededor. Allí no había ninguna lata de combustible.

—Por tanto, deben de estar en ese compartimiento.

—Sí. La bodega, incluso, está cerrada por la noche. Yo te procuraré un destornillador. Cuando veas que están entretenidos, por el día, baja a la bodega y trata de soltar los tornillos de las bisagras, pero sin sacarlas del todo.

—Entiendo, Bruce, ¿Qué más?

—La gasolina para el motor fuera borda debe de estar allí, en ese compartimiento. Habrá que buscar una cuerda, para dejar una lata sumergida, colgada de la cadena del ancla. El nudo quedará bajo el agua y así no lo verán.

—Es un plan estupendo —aprobó ella, entusiasmada—. Y cuando estén dormidos, una noche... a Santa Lamba...

—No. A Miami.

—Pero Miami está a más de cuatrocientas millas.

—A cinco millas hay un hidroavión.

Alice se quedó sin aliento.

—Dios mío, lo había olvidado —musitó.

—Yo, no —sonrió él.

Buscó la mano de la muchacha y la oprimió afectuosamente.

Animo, saldremos de ésta —añadió—. Con paciencia, procurando no cometer ningún desliz y actuando con el máximo de astucia.

—No habrá problemas por mi parte —aseguró ella.

CAPÍTULO VII

Brady emergió a la superficie y se llenó los pulmones de aire.

—Un par de días más y me lanzaré a fondo —dijo.

Ryan lanzó una blasfemia,

—Sólo veinticuatro horas —contestó—. Mañana, último entrenamiento, ¿me has oído?

Brady puso pie en la cubierta.

—No te he oído —dijo fríamente.

—Cortaré la cara de la chica...

—La gasolina está guardada, pero a bordo hay elementos más que suficientes para pegar fuego al barco. El humo, de día, o las llamas, de noche, se verían desde Santa Lamba. Me tomaré dos jornadas más de entrenamiento y no tocarás a la chica para nada.

Ryan se quedó con la boca abierta. Brady se sentó en la estructura de la cabina y empezó a despojarse del equipo

—¿Has oído, Dale? —gruñó Ryan.

—Sí. Los secuestramos y son ellos los que mandan en nosotros —contestó Stuart sarcásticamente.

—Pero no será por mucho tiempo, no, te lo aseguro.

Ryan abandonó aquel lugar a largas zancadas. Stuart volvió los ojos hacia Brady que continuaba indiferente su tarea.

—Te crees muy listo, ¿verdad? —dijo, rabioso.

—Moderadamente inteligente —repuso el joven—. Lo bastante para saber que, en cuanto encuentre lo que buscáis, nos rebanaréis el pescuezo a la chica y a mí.

—¡Qué cosas dices! —exclamó Stuart.

—Ya lo has oído, Dale. Al menos, no me tomes por tonto. Y tú debieras tomar ejemplo también,

—¿Qué quieres decir?

—Seard ya no era necesario y está muerto. Mira esos dos, qué acaramelados están. Me refiero a Mary y a Ryan. Lo que hay abajo, en el fondo del mar, vale mucho. Pero repartido entre dos, toca a más que repartido entre tres, ¿lo entiendes ahora?

—¡Por Dios, no se atreverán...!

—Con Davy se atrevieron, ¿no?

Brady se puso en pie.

—Piénsatelo bien —añadió, a la vez que echaba a andar.

Stuart se quedó solo, mascullando maldiciones entre dientes. En aquel momento, Alice decidió dar por terminado su trabajo, escondió el destornillador al otro lado de la caja de provisiones y se encaminó a la cubierta.

Cuando asomaba por el tambucho, vio ante sí dos piernas separadas. Alzó la cabeza y divisó el rostro de Ryan

—¿Qué hacías ahí abajo? —preguntó el hombre.

Alice creyó que se le paraba el corazón.

—Estaba buscando... algo de ropa para cambiarme. Esta camisa está ya muy sucia —dijo.

—Cuando necesites algo, pídemelo; no lo busques o te romperé la cara a bofetadas. Y te advierto una cosa: yo sé pelear. ¿Entendido?

Alice salió a cubierta.

—Entonces, búscame una camisa limpia —dijo, y se alejó, sin mirarle siquiera.

Ryan permaneció unos instantes en aquel sitio. Luego, receloso, bajó a la bodega. Miró detenidamente a derecha e izquierda. Todo parecía en orden. Pero, ciertamente, Alice no había ido allí en busca de una camisa.

¿Qué diablos planeaban sus prisioneros?, se preguntó.

Era fácil imaginarse que un hombre como Brady no se resignaría fácilmente a su suerte y que buscaría el modo mejor de escapar. Por fortuna, las armas de fuego estaban en un armario, cuya llave guardaba él celosamente. Pero, aun así, no se sentía tranquilo.

Al cabo de unos momentos, tomó una decisión y buscó a Stuart.

—Vamos a vigilar por las noches —dijo—. No me fío de esa pareja. Están tramando algo.

—¿Y...?

—Dividiremos la noche en dos cuartos. Yo haré el primero. Te llamaré a la una de la madrugada.

—Está bien.

Un poco más adelante, Alice conversaba con Brady.

—He aflojado unos cuantos tornillos —informó.

—Magnífico —dijo él.

—Ryan me ha sorprendido cuando salía de la bodega. Dije que había bajado a buscar ropa limpia, pero no se lo creyó. Presiento que sospecha de nosotros.

—Es lógico, pero no temas. ¿Te ha visto el destornillador?

—No. Lo he escondido detrás de una caja de provisiones.

—Muy bien. Sigue así... mañana, claro. Yo he hablado con Stuart.

—¿De qué, Bruce?

—Le estoy «ablandando» —contestó el joven maliciosamente.

—Comprendo —dijo Alice—. De todos modos, Bruce, hay algo que me tiene un tanto preocupada.

—Dime, habla sin miedo.

—Supongamos que logramos escapar en el bote neumático. Aunque les saquemos ventaja, pueden alcanzarnos...

—Con el motor que tiene y sin carga, ese bote puede alcanzar fácilmente los veinticinco nudos, el doble, por lo menos, que ese cascajo. De todos modos, inutilizaré su máquina.

—¿Cómo, Bruce?

—Un puñado de azúcar en el tanque de combustible será suficiente.

—¿Seguro?

—Antes de un cuarto hora, los pistones se pegarán a las paredes de los cilindros y el motor se parará.

—De todos modos, si tienen rifles...

—Algún riesgo hemos de correr, ¿no?

Alice sonrió.

—Eso es cierto —contestó—. Y no me asustan los riesgos, te lo aseguro,

Brady miró por encima del hombro de la muchacha.

—Stuart está allí, en la popa —indicó—. Procura sonsacarle... y sigue «ablandándole».

—Está bien.

* * *

—Tienes un padre muy rico —dijo Stuart.

—Psé... —contestó Alice con aire displicente.

—Debe de apilar los billetes. Nunca he sabido lo que es verdaderamente tener dinero —se quejó el hombre.

—Todo consiste en trabajar, Dale.

—He trabajado hasta matarme...

—No me hagas reír —contestó Alice burlonamente—. Yo era todavía muy pequeña, pero aún me acuerdo cuando comíamos en la cena lo que sobraba del almuerzo... y en el desayuno lo que sobraba de la cena. He vestido ropas desechadas por otros niños, aunque no te lo creas. Pero mi padre no se arredró nunca y supo arrimar el hombro. Nunca se quejó, nunca echó la culpa a la mala suerte... y, por supuesto, no se le ocurrió secuestrar a personas ricas.

—¿Estás contándome la historia de un hombre que empezó vendiendo periódicos y acabó siendo multimillonario? La he oído infinidad de veces...

—Tantas como hombres consiguieron encumbrarse gracias a su trabajo —exclamó ella vivamente—. Trabajo honrado, por supuesto.

—Nadie llega a millonario siendo honrado.

—Si se es inteligente, sí. Pero tú no lo eres. Si lo fueses, Brady y yo ya no estaríamos aquí. A nosotros nos matarán... pero no creo que tú salgas mejor librado.

Stuart se lamió los labios, súbitamente reseco. Ya era la segunda vez que alguien le decía lo mismo.

—Ryan es amigo mío —rezongó.

—Ryan sólo es amigo de sí mismo... y de Mary Neidland.

Stuart volvió la cabeza. Cerca de la proa, tumbada sobre una toalla, Mary doraba su espléndido cuerpo al sol, desnuda, salvo el triángulo

negro.

—Esa zorra... —dijo entre dientes.

—Mi padre daría una buena recompensa al que nos devolviese sanos y salvos —dijo Alice con aire indiferente—. Pero, claro, lo que hay en el fondo del mar debe de valer mucho, ¿no?

Stuart vaciló un momento.

—Un millón —susurró al cabo.

Alice levantó las cejas.

—¿Tanto? ¿Qué es? ¿Heroína?

—Oh, por todos los diablos... Heroína, ¡puaf! Algo mucho mejor. Y más sano.

—Bueno, suéltalo ya...

—He hablado demasiado —dijo Stuart súbitamente. Y se marchó con paso muy rápido.

Alice sonrió. Sí. Stuart era el eslabón más débil. Empezaba a ponerse nervioso, saltaba a la vista. Abajo, en el fondo del mar, había un millón... ¿Qué era lo que valía un millón y no se trataba de drogas?

—Tenías razón, Bruce —dijo Alice más tarde—. Stuart es el más débil. Y lo que hay en el fondo del mar, vale un millón.

Brady silbó tenuemente.

—¿Drogas?

—Stuart lo ha negado, pero no ha dicho de qué se trataba.

—Algo ilegal, seguro. Bueno, no te preocupes. Ah, una cosa, Alice.

—Sí, Bruce,

—Cuando estés sola en la cocina, procura poner un buen puñado de azúcar en una bolsita, algo así como medio kilo. Guárdala donde no te puedan ver,

—De acuerdo.

* * *

Con muy poca ceremonia, Ryan agarró una pierna de Stuart y la sacudió con fuerza. Stuart abrió los ojos a medias,

—Eh, ¿qué...?

—Arriba. Es tu turno.

Stuart se levantó perezosamente, frotándose los párpados con ambas manos. Ryan le entregó algo.

—Si ves que se mueven, pégale un tiro a la chica, pero procura no matarla. Tira a las piernas, ¿entendido?

—Está bien.

Stuart procuró hacer un poco de saliva. Tenía la boca pastosa. Fue a la cocina y bebió un largo trago de agua.

Bajo a cubierta. La luna brillaba como un disco de plata. Acercándose a la borda, abrió los pantalones, separó las piernas y disparó un chorro de orina al mar. Al terminar, sacudió un poco las caderas y buscó

tabaco para entretener la vigilia.

Transcurrió una hora. Stuart empezaba a adormilarse, cuando, de pronto, vio aparecer una silueta en la cubierta.

Inmediatamente, sacó el revólver.

La mujer caminó lentamente. Stuart la reconoció a poco. Era Mary, y ahora estaba absolutamente desnuda.

—No tenía sueño —sonrió ella—, Abajo hace mucho calor.

—Sí, es cierto.

Stuart volvió el revólver a la pretina de los pantalones. Los dientes de Mary chispeaban a la luz de la Luna.

—Estás muy aburrido —dijo ella.

—Imagínate...

—¿Crees que los prisioneros tratarán de fugarse?

—Si yo estuviera en su pellejo, lo intentaría. Y tú harías lo mismo, me imagino.

—Claro.

De pronto, Mary se arrodilló frente a Stuart y se sentó sobre los talones.

—¿Llevas mucho tiempo sin acostarte con una mujer?

—No me provoques —refunfuñó él.

—Ahora estamos solos, Dale.

—Mary, no me tientes...

—Dijiste que estabas cachondo. ¿Ya se te ha pasado?

De pronto, ella se tendió de costado. Luego rodó hasta quedar boca arriba.

—Estamos solos —insistió.

Dale se lamió los labios. Miró a derecha e izquierda. El barco se balanceaba suavemente. Se arrodilló junto a la mujer.

—Deja el revólver a un lado —ordenó ella—. De lo contrario, me lo vas a incrustar en el estómago.

Stuart emitió un gruñido. Dejó el revólver sobre las tablas y se soltó el cinturón. Unos segundos después, caía sobre Mary con el ansia de un naufragio, totalmente desenfrenado por el deseo.

Ella le acarició la cara con la mano izquierda.

—Pobre Dale —murmuró.

Stuart no le hizo caso. La pasión le cegaba por completo.

De pronto, sintió algo puntiagudo en la espalda.

—Dale, ¿recuerdas a Jim Sheene? —preguntó ella.

Stuart abrió mucho los ojos. Súbitamente, el puñal entró a fondo en su espalda.

Ella apretó a fondo y mantuvo la presión con la mano derecha, mientras la izquierda tapaba la boca del hombre. Stuart se convulsionó horriblemente.

Con espantosa frialdad, Mary se preguntó si los espasmos de Stuart

eran producidos por la sensualidad o se trataba de la agonía. Pero Stuart se quedó quieto muy pronto, completamente desmadejado.

CAPÍTULO VIII

—¿A cuánto piensas bajar hoy? —preguntó Ryan.

—ochenta metros, ni uno más. Y mañana, también, ochenta metros. Quiero cronometrar bien los tiempos de descompresión.

—Pasado mañana, te guste o no, descenderás a fondo.

—De acuerdo. Pero antes tendrás que decirme una cosa. ¿Qué es lo que debo buscar? ¿Cómo lo reconoceré?

Ryan vaciló. Mary, cubierta la parte anterior de su cuerpo con un delantal, para evitar salpicaduras de la sartén, puso sendos platos frente los dos hombres. Alice entraba en aquellos instantes.

—Buenos días —saludó—. Mary, un huevo pasado por agua, tostadas, mermelada, mantequilla, leche, zumo de naranja y café —ordenó.

—Te falta el champaña —dijo Mary ácidamente.

—Si pones una botella, tomaré una copa —respondió Alice con toda desenvoltura—. ¿Cómo van las cosas, hombres?

—Estaba preguntándole a Ryan qué es lo que debo buscar y cómo lo reconoceré —dijo Brady.

—Se lo diré cuando vaya a realizar la inmersión definitiva —manifestó Ryan hoscamente.

—A mí me parece que eso de los entrenamientos es un truco —intervino Mary, en pie frente al fogón—. Lott, ¿está segura la radio?

—No te preocupes —contestó el aludido.

—¿Y las armas?

—Guardo todas las llaves, encanto.

—Eso me tranquiliza —sonrió la morena.

—¿Dónde está Stuart? —preguntó Alice súbitamente.

—Hizo el segundo turno de vela. Se habrá ido a dormir, después de amanecer —supuso Ryan.

—No podemos fiarnos de vosotros, muñeca —rió Mary.

Alice se encogió de hombros. Ryan se levantó.

—No te entretengas, buceador —dijo.

—Espera a que termine el café. Hay tiempo de sobra —contestó Brady apaciblemente. De pronto, se echó a reír—. Además, me gusta el espectáculo.

Alice miró hacia la cocina. El delantal sólo cubría la parte anterior de su cuerpo opulento y Mary estaba de espaldas a ellos.

Se echó a reír. Por encima del hombro, Mary dijo:

—Puedes mirar todo lo que quieras, Bruce; es gratis.

—Algunos pagarían un millón por el espectáculo.

Mary se volvió a medias y fijó la vista en el joven. En su rostro se había borrado repentinamente la sonrisa.

—Cuidado —avisó Alice—. Se van a quemar los huevos.

Mary lanzó una obscena maldición. Brady se puso en pie.

—Me voy —dijo—. Mis castos oídos no pueden seguir soportando ciertas expresiones.

A los pocos momentos, Mary se volvió, con un plato en la mano. Alice agarró la cafetera, enorme, en la que cabían dos litros.

—No lo intentes siquiera —dijo la chica ceñudamente—. Te abrasaría viva con el café casi hirviendo.

El plato resbaló sobre la mesa.

—Así fuese cicuta —dijo Mary rabiosamente.

—Las algas no dan esa clase de veneno —contestó Alice con una sonrisa rebosante de ironía.

* * *

—Una inmersión perfecta —dijo Brady, al despojarse del equipo—. Mañana, otros ochenta metros, Pasado, me lanzaré al fondo,

—Te advierto una cosa —dijo Ryan—. No voy a darte un minuto más de plazo. Si intentas entretenerme más, ataré a la chica y empezaré a hacerle cortes con un cuchillo. Ya estás avisado.

—Descuida, bajaré hasta el fondo. Pero tienes que decirme...

—Pasado mañana —cortó Ryan bruscamente.

Giró sobre sus talones y se alejó.

—Mary, ¿has visto a Dale? —gritó—, Tiene que baldear la cubierta, maldita sea.

La morena asomó por la escotilla.

—Debe de estar durmiendo, Lott —contestó.

—Entonces, por todos los diablos, despiértalo —dijo Ryan malhumoradamente,

Alice se acercó al joven.

—La puerta está a punto —informó.

—Perfecto. Quizá esta misma noche lo intentemos —contestó él—. ¿Tienes el azúcar?

—Sí.

—Voy a cambiarme. Prepárate para dármelo. Luego buscaré el modo de bajar a la cámara de motores.

—De acuerdo.

Brady sonrió.

—Cuando hayamos botado la lancha neumática, nos alejaremos a fuerza de remos. Sólo encenderemos el motor cuando estemos a una milla de distancia.

—Habrá un centinela, no lo olvides.

—Descuida, yo me ocuparé de él.

De repente, se oyó un agudo chillido:

—¡Lott, Stuart no está en su camarote!

* * *

Lanzando mil maldiciones, Ryan hizo que Brady y la muchacha se

situaran en la popa. Brady se sintió aprensivo al observar el revólver que Ryan empuñaba con mano evidentemente nerviosa.

—Quiero la verdad —bramó—. Puedo admitir que Seard cayera al mar, borracho, pero no puedo admitir ni por un instante que a Stuart le haya ocurrido lo mismo. Habla, Bruce, o mato a la chica aquí y ahora mismo.

Brady cruzó los brazos sobre el pecho.

—Si disparas, tendrás que matarme a mí también —dijo.

—¡Puedo obligarte! ¿Lo oyes? —chilló Ryan descompuestamente—. ¡Puedo obligarte...!

—¿Cómo? ¿Torturándome? Un buceador en malas condiciones, no te serviría de nada. Y aunque me obligases a bajar al fondo, aunque encontrase lo que buscas, ¿podrías contradecirme si te dijera que no lo había encontrado?

Ryan soltó una obscena maldición. Su mano volvió a temblar.

—¡Mary! —aulló.

La morena adelantó un paso.

—Dime, Lott.

—Ata a la chica. Sujétala a la regala. Ahora mismo va a ver ese bastardo si soy o no capaz de cumplir mis amenazas.

—Está bien —contestó Mary.

—Un momento —exclamó Brady.

Ryan y la morena se volvieron hacia él.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó el primero.

—Supongamos... sólo supongamos ¿eh?, porque puedo asegurarte que yo no lo he hecho... Bien, dando por sentado que yo haya liquidado a Seard y a Dale, ¿no te he hecho un favor? Lo que hay abajo vale un millón. Tendrás la mitad, en lugar de un cuarto, que es lo que habrías ganado, si ellos siguieran vivos. En todo caso, has salido ganando, reconócelo.

Ryan emitió un fuerte resoplido.

—Pero, entonces, si no lo has hecho tú, ¿quién diablos ha sido?

Brady se encogió de hombros.

—No lo sé. Ni me importa —contestó.

Ryan se volvió hacia la morena.

—¿Mary?

Ella se echó a reír, a la vez que ponía las manos sobre sus pechos opulentos.

—A mí, que me registren —dijo.

Hubo un momento de silencio. Al fin, Ryan guardó el revólver.

—Está bien, dejemos el asunto a un lado. A la noche, os encerraré a los dos con doble vuelta de llave —decidió.

—En el mismo camarote —rió Mary—. Así pasarán una noche muy agradable.

Brady fijó la vista en la morena. De repente, le pareció ver en ella unos rasgos conocidos. Y, sin embargo, se dijo, nunca la había visto hasta el momento del secuestro.

Mary notó la intensidad de su mirada y dejó de sonreír. Brady advirtió que, de repente, se sentía muy incómoda. Y, en aquel instante, presintió que ella era la asesina.

—Voy a revisar el equipo —anunció con aire natural.

—¿Puedo ayudarte, Bruce? —se ofreció la chica.

—Oh, claro, muchas gracias.

Bajaron a la bodega. Brady se acuclilló junto a las botellas de aire comprimido,

—¿Has pasado miedo? —preguntó en voz baja.

—Un poco —confesó ella.

—Ahora no pueden hacernos nada. Aunque ellos tengan las armas, realmente, están en nuestro poder. Ryan lo sabe muy bien, aunque chille y se desgañite.

Se volvió y miró hacia la escotilla.

—Vigila —susurró—. Si ves que se acerca alguno de los dos, grita como si te hubieras dado un golpe involuntario.

—Entendido.

—El destornillador, ¿está en su sitio?

—Sí, Bruce.

—Muy bien. He cambiado de opinión. Pondré el azúcar en la bomba de combustible del motor. Si lo vertiese en el tanque, la avería tardaría mucho más tiempo en producirse.

—Tú eres el entendido —sonrió ella.

Alice se encaminó hacia la escalera. Brady corrió en busca del destornillador.

Un cuarto de hora más tarde, emitió un leve siseo. Ella se volvió. Brady le hizo un guiño significativo.

Alice sonrió. Brady la llamó con un gesto.

—Y ahora, para que no sospechen, vamos a revisar de veras el equipo.

—¿Nos iremos a la noche?

—He guardado el destornillador, puesto que piensan encerrarnos con llave. Nos hará falta también un cuchillo, para cortar las amarras del bote neumático. Procúratelo en la cocina.

—De acuerdo.

Hubo un momento de silencio. Luego, Alice murmuró:

—Bruce, en tu opinión, ¿quién es el asesino?

—Mary —contestó él sin vacilar.

—¿Ella?

—Ignoro por qué lo ha hecho, pero no cabe duda de que tiene poderosos motivos. Y el caso es que, de repente, me ha parecido conocida y no puedo localizar dónde la he visto antes.

—¿Se ha dado cuenta ella?

—Creo que sí.

—Puede significar un contratiempo —adujo la chica.

—Nuestra situación ya no puede empeorar mucho más. Pero antes de que amanezca, habrá mejorado por completo.

Después de la cena, Ryan sacó su revólver y encañonó a Brady.

—Vamos, al camarote —ordenó—. Tú también, Alice.

Los dos jóvenes se pusieron en pie. Al salir, Brady se dio cuenta de que Mary le miraba fijamente.

—Os soltaré después de amanecer —dijo Ryan, en el umbral de la puerta. De pronto, se echó a reír—. Estaréis solos y lo que podáis hacer no es de mi incumbencia, pero no consumas demasiadas energías.

—¡Grosero! —le apostrofó la muchacha.

Ryan soltó una carcajada. Luego cerró de golpe.

Alice se sentó en la litera.

—Bien, ya no nos queda más que esperar —suspiró.

—Hay tiempo de sobra. ¿Tienes el cuchillo?

—Sí.

—Es todo lo que necesitamos. No hará falta que escondamos la lata de combustible bajo el agua.

—Bruce, cuando lleguemos a Lone Rock... ¿podrás maniobrar con el avión?

—El bote servirá para remolcarlo fuera de la ensenada.

—Entiendo.

Alice se reclinó contra el mamparo.

—En mi vida podía imaginarme una aventura semejante —murmuró—. Y todo, porque me confundieron con tu novia. ¿Te casarás cuando volvamos a los Estados Unidos?

—No. Me vio contigo el día en que volamos juntos por última vez. Resultó ser una celosa insoportable. Tú me diste un beso amistoso y ella, por lo visto, lo interpretó de muy distinta forma.

—Vaya, lo siento, Bruce.

—No lo lamentes. Yo me alegro ahora de haber visto a tiempo qué clase de mujer es. Me habría hecho la vida insoportable.

—Una mujer celosa debe de ser algo horrible. Y también el hombre, claro. Pero si hay confianza entre ambos, los motivos para los celos no tienen razón de ser.

—Yo también pienso así —sonrió Brady.

Se sentó en el suelo y sacó cigarrillos.

—¿Quieres fumar?

Ella hizo un gesto negativo. Brady encendió un pitillo y expulsó lentamente el humo.

—Hay que esperar, no tenemos otra solución —dijo. Los minutos

transcurrieron lentos, tediosos. Alice acabó por tumbarse en la litera y cerró los ojos. A los pocos momentos, dormía profundamente. Sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el ángulo de un rincón, Brady intentó conciliar el sueño. Una y otra vez se dijo dónde podía haber visto a Mary, pero, por más esfuerzos que hacía, no lograba encontrar el recuerdo exacto de un encuentro anterior. Al cabo de un rato, se durmió.

CAPÍTULO IX

Despertó sobresaltado y miró la hora. Eran las tres de la madrugada. En silencio, se puso en pie y se acercó a la portilla, demasiado estrecha para pasar a su través. La luz de la Luna era muy intensa y permitía captar los menores detalles a unas retinas habituadas a la oscuridad.

De repente, vio algo que le hizo dudar de sus sentidos. Dos manos surgieron de pronto, agarradas a la borda. Luego vio una cabeza y unos hombros. Un individuo se izó hasta la cubierta.

Era enorme, gigantesco, y tenía una barba impresionante, que se podía ver rojiza hasta en aquellos momentos. Después del sujeto, aparecieron tres más.

Brady creía estar soñando. ¿Piratas?

Los asaltantes se desparramaron por el barco. Todos ellos estaban armados con revólveres,

Brady se precipitó sobre la muchacha.

—Alice, despierta.

Ella se sentó inmediatamente en la litera.

—¿Es la hora?

—Temo que habremos de posponer la fuga —dijo él sombríamente—.

Unos desconocidos han asaltado el barco.

—Oh, no —gimió ella.

De repente, sonaron pasos. Alguien gritó.

Estalló un disparo. Se oyó un grito de dolor.

—¡Maldito!

—¡No, déjalo! —tronó una voz poderosa—. ¡Lo quiero vivo!

Se oyó a Ryan blasfemar y maldecir. Un hombre se quejó:

—Me ha hecho polvo el hombro.

—Ahora te curaremos —aseguró otro.

Brady empuñó el destornillador. Podía resultar una buena arma defensiva.

Ryan volvió a maldecir. De pronto, Brady oyó el ruido de una llave en la cerradura.

La puerta se abrió. Un individuo, bajo, rechoncho, con barba de una semana, blandió su revólver.

—¡Salgan! —ordenó.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el joven.

—Eso no le importa. ¡Salgan!

Ariba, en la cubierta, se oyó una voz tonante:

—No les hagáis daño; los necesitamos.

—Está bien, capitán Compton.

Brady agarró a la muchacha por el brazo. El asaltante sonrió.

—Me llamo Long Tom Buster —dijo.

—No me siento precisamente encantado de conocerte, Long Tom —contestó el joven.

—Sí, ya me lo imagino. Suban a cubierta, por favor.

Brady había guardado el destornillador. Lo llevaría encima, mientras no se lo quitasen.

Al llegar a cubierta, presencié una escena singular.

Ryan aparecía sujeto por ambos brazos por dos individuos de aspecto patibulario. Frente a él, se veía al gigante pelirrojo, que sonreía aviesamente.

Mary estaba a un lado, desnuda, salvo el triángulo de tela, y fumaba displicentemente un cigarrillo. Brady comprendió que la morena había estado aguardando la llegada de los asaltantes.

De pronto, el gigante se echó a reír.

—Te asombra encontrarme vivo, ¿eh, Ryan? No será porque no intentaste borrar me del mundo de los vivos, con tus cohetitos «Sam-7». Pero antes de alejarte de aquí, debiste cerciorarte de que, efectivamente, estaba en el fondo del mar.

Ryan sudaba copiosamente. Bajo la luz de la luna, las gotas de sudor parecían chispitas de plata.

—Espera, Gus, deja que te explique la verdad...

—No tienes nada que explicarme —atajó el pelirrojo—. Hundiste mi barco y me hiciste perder un millón. Además, murieron todos mis tripulantes. No me lo contaron, lo padecí yo mismo,

—Oye, déjame hablar...

—Ya has hablado bastante, Lott.

Ryan comprendió cuál iba a ser su suerte y lanzó un agudo chillido. De súbito, se desasíó de sus aprehensores y giró en redondo.

Alcanzó la borda. El proyectil fue más rápido que él y se hundió en el centro de su espalda.

A pesar de todo, hizo un esfuerzo supremo y pasó una pierna por encima de la regala. Un segundo proyectil hizo saltar astillas de hueso de su cráneo.

El cuerpo de Ryan se hundió en el agua con tétrico chapoteo. Luego sobrevino un hondo silencio.

* * *

Gus Compton enfundó su revólver y dirigió una áspera mirada a la morena.

—Ve a cubrirte las tetas —ordenó—. Mientras esté yo a bordo, no quiero exhibiciones, ¿me entiendes?

—Como digas, Gus —contestó Mary con sorprendente mansedumbre. Dio media vuelta y se marchó. Compton se encaró con los prisioneros.

—De modo que tú eres el buceador —dijo, con las manos en los costados.

—Sí, señor—contestó Brady rápidamente.

—Y ésa es la chica que sirve de rehén.

—A la fuerza, capitán —dijo Alice.

—Sí, ya me lo imagino, encanto. Tranquilizaos; no va a pasar nada, a menos que vosotros mismos lo provoquéis. Yo tenía una cuenta que saldar con el bastardo de Ryan. Hundió mi barco y mató a toda mi tripulación, excepto a un traidor que ya está en el infierno. Ya sabéis lo que quiero; si lo consigo, no os pasará nada, repito.

—Perdón, capitán, pero aún no sabemos nada. Ryan no se dignó informarnos de lo que yo debía sacar del fondo del mar —declaró Brady.

—Lo teníamos ya al alcance de la mano —gruñó Compton—. Pero me precipité un poco, lo admito. Debí haber dejado que Sheene subiera a cubierta con las malditas perlas...

Brady se quedó sin aliento. En una fracción de segundo acababa de conocer la verdadera identidad de Mary Neidland. Casi no escuchó a Compton, que seguía hablando:

—... y el condenado Jim, dándose cuenta de que iba a «diñarla», arrojó el saqueto con las perlas al sitio más hondo. Ahora ya lo sabes, ¿no?

—Sí... sí, señor.

—Bien, las condiciones son las mismas. Recupera las perlas y se os pondrá en libertad.

—Conforme, capitán.

Al fondo, Long Tom, arrodillado, curaba el hombro del herido. Mary apareció en aquel momento, abotonándose una camisa.

—He oído lo que decías, Gus —manifestó.

—Entonces, no hay más que hablar —sonrió el pelirrojo—, Long Tom, ¿cómo está Bucko?

—Bien, pero tendrá que llevar el brazo en cabestrillo una temporada. Por fortuna, la bala le atravesó el hombro, sin internarse en los huesos.

—Entonces, Bucko se encargará de la vigilancia —dispuso Compton—. Dusty, podrías preparar algo de desayuno, me parece.

—Sí, señor —contestó el otro asaltante, silencioso hasta entonces. Era casi tan alto como Compton, aunque menos corpulento. El vicio estaba impreso en sus facciones, de ojos acuosos y bolsas bajo los párpados.

—Y no toques el alcohol, Dusty.

—Descuide, capitán.

—Brady, ¿cuándo piensas hacer la inmersión definitiva? —preguntó Compton.

—Lo había decidido para mañana. Hoy haré una de entrenamiento, a ochenta metros. Hacía más de dos años que no me sumergía, señor,

—Muy bien, mañana, pero ni un día más.

Compton dio media vuelta. Mary se acercó a la pareja, mirándoles a través de los ojos entornados.

—Bruce, quiero decirte una cosa —murmuró.

—¿Sí, Mary?

—Has oído mencionar un nombre al capitán Compton, Sé que lo has adivinado, sería inútil negarlo. Muchas veces, nos dijeron que Jim y yo éramos mellizos.

—El pelo negro te cambia mucho. Él era rubio.

—Sí. Escucha, Bruce, y tú también, Alice, Compton no sabe quién soy en realidad. Si se entera por vosotros, ya podéis consideraros en el infierno. No hablo en broma; apenas me diga él algo sobre mi verdadero apellido, esté dónde y cómo esté, os llenaré el cuerpo de plomo. ¿Entendido?

Brady hizo una ligera inclinación,

—Seguiremos tu consejo al pie de la letra —contestó.

—Más os valdrá —dijo ella con voz cortante—. Aunque sé que desconfiáis de mí, y es lógico, soy la única posibilidad que tenéis de salir con vida de aquí.

Mary ya no dijo nada más. Giró sobre sus talones y se acercó al herido.

—Permíteme, Long Tom; yo terminaré la cura —dijo afectuosamente.

Alice abrió la boca, pero Brady hizo un rápido gesto.

—No digas nada ahora —musitó—. Hablaremos más tarde, después de la inmersión.

* * *

El día era caluroso, Al atardecer, Brady buscó un lugar donde pudiera recibir la brisa vespertina. Compton estaba en la cámara, charlando con Mary. Los otros dos, Dusty Ripley y Long Tom, haraganeaban en la popa. Bucko Chain, con el brazo en cabestrillo, permanecía en la aleta de la timonera, con un par de prismáticos colgados de su cuello.

Alice se acercó sin ruido, pisando con los pies descalzos, y se sentó junto al joven.

—Por lo visto, conocías a Sheene —murmuró.

—Sí. Trabajamos juntos hace algunos años, en unas perforaciones en el Golfo Pérsico. Hace tres, aproximadamente, me dijo que se había independizado. Tenía un buen negocio en perspectiva, declaró.

—Perlas —dijo Alice.

—Hay fondo a treinta metros. Abundan las ostras. Jim debió de encontrar un banco riquísimo. Alguien le espiaba y, cuando hubo reunido un buen puñado, lo asesinaron. Pero ya has oído a Compton; se precipitaron en la muerte. Jim tuvo tiempo de soltar las perlas y las dejó caer en la pequeña fosa submarina que hay al pie del acantilado que tenemos bajo el casco del barco.

—Es decir, lo mataron estando todavía sumergido.

—No cabe la menor duda.

—Pero ¿cómo pudieran enterarse...?

—He hablado unos momentos con Mary, Ella lo sabía. Jim necesitaba provisiones y tuvo que ir a Vista Larga, la capital de Santa Comba. Pagó las provisiones con una perla. Compton debía de estar por allí en esos momentos y le llegó el «soplo». Imagínate el resto.

—No cuesta mucho, en efecto —convino Alice—. Y ahora, Mary está ejecutando la venganza...

—Combina la venganza, con la utilidad.

—Es una mujer muy astuta. Embaucó a Ryan y sus compinches, pero ya se había puesto de acuerdo con Compton.

—Exactamente. Por eso mismo no debemos fiarnos de sus promesas. Desde luego, a Compton no hay que creerle en absoluto,

—Bruce, tenemos todo listo. Bastará un ligero empujón para abrir la puerta donde están las latas de la gasolina. A nosotros, las perlas no nos importan en absoluto. ¿Por qué no nos vamos esta noche?

—Si no hay vigilancia, nos iremos.

Alice suspiró.

—Cuando acabe todo, creeré que he salido de una pesadilla —sonrió.

—Sí, parece una pesadilla —concordó Brady.

—Y tú, supongo, ya no volverás a sumergirte más.

—Un secuestro por un millón en perlas no se da todos los días —dijo él.

—¡Bruce, cuéntame. ¿Qué te pasó?

Brady se puso serio.

—Estábamos haciendo unas prospecciones submarinas. Uno debe revisar siempre su equipo y no confiar en los auxiliares. Yo lo hice en una ocasión. A mi compañero se le agotó el aire cuando estábamos a noventa metros. Me lo indicó por señas. Yo le dije que alternaríamos el aire de mis botellas, pasándonos la boquilla cada treinta segundos. Pero nos esperaban más de dos horas de descompresión todavía. Él se puso nervioso... perdió la cabeza y escapó hacia arriba a toda velocidad. Murió horriblemente, reventado por dentro, arrojando sangre por todos los orificios... Si yo hubiese revisado los equipos... Aquel pobre chico era relativamente novato...

Alice puso una mano sobre la del joven.

—Olvídalo —dijo—. La culpa no fue tuya, puesto que tu equipo se hallaba en condiciones. Los auxiliares tienen una misión que cumplir y si la hicieron deficientemente, la culpa es suya.

—Sí, pero es que no puedo quitarme de la cabeza aquellos horribles momentos...

—Bruce, no puedes vivir eternamente de unos recuerdos trágicos —le reprochó ella—. Has cargado sobre tus espaldas una responsabilidad

que no es tuya. Admito que te repugne bucear de nuevo, pero no por eso debes seguir pensando toda la vida que aquel chico murió por tu culpa.

—Sí, quizá tengas razón. De todos modos, no voy a sumergirme más. Alice se alarmó.

—¡Bruce! Si te niegas, ese salvaje de Compton es capaz de...

—La noche es larga. Antes de que amanezca, nos habremos marchado. Y Compton no nos hará nada, aun suponiendo que nos descubra.

—¿Por qué?

—He mentido. Hoy he llegado al fondo y he subido las perlas.

CAPÍTULO X

La noche había caído ya. El vozarrón de Compton se dejó oír de pronto.

—De modo que fuiste tú...

—Sí —contestó Mary, en cubierta, con el pelirrojo—. Los liquidé a ambos. No fue difícil, Gus,

—Eres un verdadero demonio. ¿Sabes?, nunca he tenido miedo a nadie, pero no me siento muy seguro a tu lado.

Ella se echó a reír.

—Por mí no debes preocuparte —dijo—. Hemos hecho un pacto y me atenderé a él escrupulosamente.

—Eso espero. Mary, eres una tía estupenda, estás fenomenal y sabes hacer el amor como ninguna de las mujeres que he conocido. Pero te retorcería el cuello como a un pollito si intentaras traicionarme.

—Como a una gallina, estúpido —corrigió ella.

Compton lanzó una atronadora carcajada. Luego dijo:

—Mary, he estado pensando... Esa fulana, la Kemp, ¿Es tan rico su padre como se dice por ahí?

—Parece que sí. ¿Por qué lo dices, Gus?

—Se me había ocurrido... ¿Y si pidiéramos un rescate por ella? Algo así como un millón...

Alice oyó aquellas palabras y se estremeció. Brady puso una mano sobre su antebrazo,

—Desecha la idea —dijo Mary incisivamente—. Un rescate significa tarde o temprano, un encuentro con la Policía. Podrías quedarte sin nada, ¿comprendes? En cuanto a mí, me conformo con mi parte de las perlas. Eso sí que es seguro.

Compton se rascó la hirsuta cabellera rojiza.

—Sí, puede que tengas razón —respondió—. Además, no me gusta la idea de llevar un peso a remolque. Mañana a medio día, espero, habrá terminado todo.

Brady oyó aquellas palabras y sus sospechas se confirmaron en el acto. Compton pensaba asesinarles, después de que tuvieran las perlas. Y, seguramente, Mary no levantaría un dedo para defenderles.

—Sí, todo habrá terminado —dijo Mary—. Gus, tengo sueño —añadió.

—¿Necesitas compañía? —rió el pelirrojo.

—¿Por qué no?

Sonaron unas fuertes risas. Las voces de la pareja se extinguieron.

Brady se puso en pie.

—Convendría que fuésemos a dormir, Alice —propuso.

—Sí, Bruce.

Ella se levantó también. De pronto, Brady sintió en la espalda el contacto de algo duro.

—Quieto —dijo una voz masculina.

El joven se inmovilizó. Delante de él, pero por la espalda de Alice, surgió la alta figura de Ripley.

—Muy bien, Long Tom —dijo el sujeto—. Vigílalo.

—Descuida, Dusty. Pero luego me toca a mí, ¿estamos?

—Claro.

Chain protestó desde la timonera.

—¿Y yo? ¿Es que no voy a tener mi parte?

—Tú estás inválido —dijo Ripley riendo. De pronto, se situó ante la muchacha y, de un manotazo, le rasgó la camisa.

Alice apretó los labios. Su pecho estaba ahora completamente al aire. Ripley se lamió los labios con la lengua.

—Túmbate ahí —ordenó.

Brady intentó hacer un movimiento, pero el cañón de la pistola se le hincó dolorosamente en los riñones.

—Cuidado —susurró Long Tom.

Las manos del joven se crisparon. Ripley emitió un gruñido.

—Te he dado una orden, muñeca —dijo—. Cede por las buenas, será mejor para ti, porque, de todas maneras, lo haré ¿Está claro?

—Muy claro —contestó Alice.

Ripley alargó una mano y acarició el seno izquierdo de la muchacha. De súbito, Alice movió la suya y descargó el filo contra la muñeca del rufián.

Se oyó un agudo aullido de dolor. Ripley se tambaleó. Alice movió la mano en sentido circular, de revés. El filo golpeó una tráquea. Ripley se arrodilló, gorgoteando horriblemente, fuera de combate por completo. Alice lo agarró con ambas manos por los cabellos y lo atrajo hacia sí, a la vez que levantaba la rodilla derecha.

Ripley se desplomó, arrojando ríos de sangre por la nariz. Pero ya no lo sentía en absoluto.

Brady decidió aprovechar la ocasión. Long Tom parecía estupefacto por la insólita reacción de la muchacha. Giró en redondo velozmente, y apartó la pistola con el codo izquierdo. Al mismo tiempo, levantaba el puño derecho.

Se oyó un seco chasquido. Long Tom abrió los brazos y chocó violentamente contra el mamparo de la cabina. Luego se deslizó al suelo, completamente sin sentido.

Brady decidió aprovechar la ocasión. El revólver de Long Tom yacía sobre la tablazón de cubierta. Cuando lo rozaba con las yemas de los dedos, oyó una voz de tonos perentorios:

—¡No toques eso!

* * *

Brady se incorporó lentamente. Desnudo, salvo un breve «slip» que

ceñía sus caderas, Compton le apuntaba con un revólver a pocos pasos de distancia.

—Está bien —dijo Brady, retrocediendo unos pasos.

—Bucko, ¿qué diablos ha pasado aquí? —gritó Compton.

—Nada de particular, capitán —respondió el vigía—. Esos chicos tenían ganas de diversión...

—Trataron de violarme —dijo Alice, con voz tensa.

—Ella sabe pelear muy bien —intervino Mary, cubierta con una sábana en torno al cuerpo.

—Bucko, diablos, debiste haberlo impedido —bramó el pelirrojo.

—¿Cómo, capitán? ¿Tirándoles los prismáticos?

Compton lanzó una maldición. Long Tom empezaba a recuperarse.

—Lo mejor será que los encierres, como hizo Ryan —aconsejó la morena.

—Sí, es una buena idea —admitió Compton—. Chica, ¿qué le has hecho a Ripley?

—Tiene unos cuantos golpes. No he querido matarle —contestó Alice con indiferencia.

—Es una experta en «karate» —calificó Brady.

—Se lo tienen bien merecido —gruñó el pelirrojo.

Long Tom se puso en pie, sacudiendo la cabeza.

—Lo siento, capitán...

Compton, furioso, levantó el puño y lo estrelló, como si fuese una maza, contra la cara de Long Tom. El sujeto lanzó un rugido y se desplomó de espaldas, con el rostro completamente ensangrentado.

—Establecí unas normas y no me gusta que me desobedezcan —exclamó Compton—. Dusty, cuando despierten, diles a este par de imbéciles que procuren portarse bien o la próxima los arrojaré por la borda, con un lastre en los pies. ¿Has entendido?

—Sí, capitán Pero empiezo a tener sueño...

—Aguarda a que se despierten. Luego podrás irte a dormir.

—Sí, señor.

Compton hizo un gesto con la mano.

—Abajo —ordenó.

Brady agarró a la muchacha por un brazo y se dirigió hacia la escotilla, sin pronunciar una sola palabra.

* * *

En pie, frente al minúsculo espejito del lavabo, Alice procuraba reparar los desperfectos de su camisa.

—Ese bruto... —se quejó.

—Siento lo ocurrido —dijo Brady—. Yo no podía hacer nada, aquel tipo me encañonaba con su pistola.

Ella sonrió.

—No tienes que disculparte. También hiciste lo tuyo.

Terminó de arreglarse y se sentó en la litera.

—¿Y ahora, Bruce?

El joven consultó su reloj.

—Son las diez, escasamente. A las dos saldremos de aquí —contestó.

—¿Están dormidos?

—Compton y Mary están durmiendo juntos. Los otros aprovecharán la ocasión y tomarán unas cuantas copas. Todos están más o menos heridos y eso les hace necesitar el alcohol.

—Y el licor les hará dormir profundamente.

—Sí. ¿Tienes el cuchillo?

Alice se palmeó el bolsillo posterior de sus pantalones.

—Es algo mejor. Encontré una navaja automática —sonrió.

—Estupendo.

Brady se levantó y pegó el oído a la puerta. A los pocos momentos regresó junto a la muchacha.

—Están en el comedor. Quejándose pero bebiendo, tal como había vaticinado.

—Deben de parecer perros apaleados —comentó Alice irónicamente.

—A Ripley le costará un poco tragar el licor —sonrió él.

—Hubiera podido matarle —dijo la muchacha con aire pensativo—. Pero no forcé el golpe. Creo que lo habría tenido delante de mis ojos el resto de mis días.

—Si les dejamos, ellos no serán tan considerados. Son gente que carece de conciencia.

—Incluso Mary —se estremeció Alice.

—Es la peor de todos. Mató a dos hombres a sangre fría...

—Y puede que haga lo mismo con los otros.

—En todo caso, no los lloraré. Son de la clase de gente que está de más en este mundo.

—Bruce, ¿qué me dices de las perlas? ¿Dónde las tienes?

—Atadas a la cadena del ancla, a dos metros de profundidad. Están seguras.

—El saquete es blanco. Puede verse desde la proa.

—Las envolví en un puñado de algas, que até con el propio nudo del saquito. Eso se llama enmascaramiento —dijo Brady jovialmente.

—Bien, pero, si nos vamos esta noche, ¿qué harás con ese tesoro? ¿de verdad piensas que te pertenece?

Los ojos del joven se oscurecieron.

—Jim estaba casado y tenía un niño. Esas perlas serán para su viuda y su hijo —contestó.

—Me parece una idea excelente.

Brady se separó de la litera nuevamente.

—Todavía se oyen algunos ruidos, pero están entretenidos —dijo—.

Voy a empezar a aflojar los tornillos de las bisagras
Sacó el destornillador y se puso a trabajar.

* * *

Los ronquidos del gigante pelirrojo sonaban atronadores en el angosto espacio de la cámara, Mary se irguió, desnuda, y contempló unos segundos a Compton, que dormía boca arriba.

Muy despacio, se levantó y puso los pies en el suelo. A través de la portilla, entraba el suficiente resplandor lunar para ver sin necesidad de encender la lámpara.

Descalza, empezó a vestirse. Se puso unos pantalones, cuyas perneras arremangó, hasta dejarlas justo bajo las rodillas, y luego buscó una prenda que hacía días no usaba: el sostén. A continuación, agarró una camisa y se la colocó apresuradamente, escondiendo los faldones en el pantalón.

Después, buscó un pañuelo de seda y se lo ató en torno a la cabellera. Finalmente, se puso en cuclillas y tanteó con las manos bajo la litera. De pronto, Compton Se movió.

El pelirrojo resoplo, suspiró, chasqueó la lengua. Mary, completamente inmóvil, con los ojos al nivel de aquel velludo tórax, le contemplaba en silencio, sin atreverse a respirar.

Compton se volvió de costado. Entonces, ella, repentinamente, alargó la mano izquierda y la metió bajo la almohada. Con gran suavidad, tiró del revólver y se lo puso dentro de la camisa.

Luego siguió tirando del objeto que había bajo la litera. Era una bolsa de viaje, de buen tamaño, cuyas asas agarró con infinito cuidado.

Siempre en el más completo silencio, cruzó el camarote y llegó a la puerta. Tardó casi un minuto en abrir el hueco suficiente para poder pasar al otro lado. Cerrar le costó otro tiempo análogo. Respiró hondamente, en silencio. Casi había conseguido lo más difícil.

A continuación, buscó el camino de la bodega. Descendió con las mismas precauciones y pasó al compartimiento del motor. Estuvo allí unos momentos y luego se irguió.

Al salir, lo hizo con la bolsa.

Sonrió burlonamente.

—¡Adiós, imbéciles! —musitó, de tal modo que nadie sino ella misma pudo oír su voz.

CAPÍTULO XI

Las bisagras cedieron, una tras otra. Alice ayudó al joven a sostener la puerta. Brady la apartó cuidadosamente a un lado y asomó la cabeza. La calma era absoluta. Apenas si se oía el leve «chap-chap» de las pequeñas olas al golpear contra el casco de la «Silver Seagull». Brady sujetó la puerta para que la chica pudiera salir y luego la puso de tal forma que pareciese, a un observador no muy atento, que seguía cerrada y que los prisioneros continuaban al otro lado.

A continuación, agarró la mano de la muchacha y tiró de ella. De repente, se abrió la puerta de uno de los camarotes.

Brady se aplastó contra el mamparo. Empuñó el destornillador por el hierro. Un golpe seco, bien dado, con el mango, podía dejar fuera de combate instantáneamente a un hombre.

Alice contuvo el aliento. Pero, extrañamente, no salió nadie de aquel camarote.

Brady asomó la cabeza. Había dos hombres durmiendo en sendas literas. Uno de ellos roncaba estrepitosamente.

El joven sonrió. La puerta no había sido bien cerrada. Un leve balanceo del barco la había abierto. Alargó la mano y tiró hacia sí, cerrándola con todo cuidado.

—¡Uf! —suspiró la chica.

Continuaron su camino y alcanzaron la bodega. Apenas habían puesto el pie abajo, oyeron un leve ruido en la cubierta.

—Ven —dijo él rápidamente.

En silencio, corrieron hacia una gran caja y se escondieron al otro lado. Momentos después, vieron entrar a alguien.

Brady reconoció a la persona que acababa de descender y frunció el ceño. ¿A qué diablos venía Mary Sheene a la bodega?

Los ojos de Alice estaban desmesuradamente abiertos. Sin embargo, un elemental instinto le hizo saber que no debía producir el menor ruido.

Mary se alejó y entró en la cámara de los motores. Brady se fijó en la bolsa que llevaba en la mano.

A los pocos minutos, Mary volvió a salir y se encaminó cautelosamente hacia la cubierta, Brady dejó pasar todavía algunos minutos.

Luego se irguió. Alice le imitó.

—¿A qué ha venido esa mujer aquí? —preguntó la chica.

—No tengo la menor idea, salvo que ha dejado allí la bolsa que trajo consigo.

—Habrás escondido algo —supuso Alice—. ¿Vamos a ver qué es?

Brady hizo un gesto negativo.

—Nada de eso —contestó—. Tenemos algo más importante que hacer.

Los asuntos privados de Mary, si no tienen relación con nosotros, no nos importan en absoluto

—Sí, tienes razón.

Abandonaron el escondite. Brady se acercó a la puerta en que Alice había trabajado los días anteriores. Muy pronto tuvo ocasión de elogiar la labor desarrollada por la muchacha.

—Hiciste un buen trabajo —sonrió.

Uno tras otro, los tornillos salían ya sin dificultad. Cuando sólo faltaban los de la bisagra superior, Brady hizo un ademán.

—Sujeta la puerta.

Ella agarró el pomo. Los últimos tornillos salieron de sus alvéolos. Brady se metió el destornillador en el cinturón y apartó la puerta poco a poco.

Asomó la cabeza. La luz procedente de la bodega le permitió ver las brillantes latas cuadradas de combustible, apiladas en aquel lugar.

—Es todo lo que necesitamos —dijo—. Llevaremos dos latas; son de unos quince litros cada una.

—Serán demasiado, ¿no crees?

—Vale más pecar por exceso, teniendo en cuenta que hemos de remolcar el hidroavión a mar abierto. Vamos, sube ya.

Alice echó a correr. Brady la siguió, con las latas en la mano.

—Cargaremos el depósito después de que hayamos botado la lancha —dijo.

Los movimientos del barco eran muy ligeros. Con la navaja de Alice, Brady cortó parte de las amarras que sujetaban la lancha. Luego accionó los pescantes.

El bote neumático llegó a la superficie. Alice saltó a él, sin necesidad de que se lo indicaran. Luego alargó ambas manos, para tomar las latas que le entregaba Brady.

Brady saltó también a la lancha. Inmediatamente, empezó a llenar el depósito del motor fuera borda. Alice se ocupaba en destrincar los remos.

—Bien, ya está —dijo él, satisfecho, pasados unos minutos—. Ahora, a remar...

De repente, el absoluto silencio de la noche fue quebrado por un ruido extraño.

* * *

Pareció un pistoletazo. Sin embargo, nadie había disparado un arma de fuego.

Brady adivinó en el acto lo que sucedía. Un feroz alarido confirmó sus sospechas:

—¡Capitán, los prisioneros han escapado!

—Nos han descubierto —dijo él, ceñudo—. Ya no importa que

hagamos ruido con el motor.

Hizo actuar el estárter y luego dio un par de tirones suaves a la cuerda de arranque. Después, tiró fuertemente.

El motor arrancó en el acto. Brady agarró la palanca de gobierno y dio gas. Inmediatamente, arrancó, virando ceñidamente para pasar junto al costado de babor. Los primeros que salieran lo harían hacia la popa y luego tendrían que correr hacia la proa, lo cual significaba cierta ventaja para los fugitivos.

A bordo de la «Silver Seagull» se había producido una espantosa confusión. Por todas partes se oían gritos e Imprecisiones. Ripley intentó alcanzar la escalera de acceso a la cubierta, pero tropezó con Long Tom y los dos cayeron, vomitando, juramentos e insultos mutuos.

Compton salió de su cámara, vociferando como un energúmeno. Al intentar echar mano a su revólver, se había percatado de que no estaba en el lugar donde lo había dejado.

—¿Cómo ha sido posible eso? —aulló.

—Soltaron los tornillos de las bisagras desde dentro —explicó Chain—. Yo me levanté a beber un poco de agua y noté la puerta en malas condiciones. Al ver qué pasaba, se cayó y entonces advertí que ya no estaban...

Compton arrebató el revólver a uno de sus subordinados.

—Dame eso —bramó—. Dusty, busca un rifle.

—Están en el armero de su cámara, capitán. Pero no hay llave; Ryan debía de tenerla encima...

Aquella respuesta provocó un nuevo acceso de cólera en Compton, que pareció repentinamente volverse loco.

—¡No te quedes ahí parado como un imbécil! —rugió—. Busca un hacha y haz saltar la puerta de ese armario. Long Tom, hay que izar el ancla para perseguir inmediatamente a ese par de hijos de puta.

Compton se lanzó a la cubierta. El ruido del motor que aceleraba rápidamente llegó en el acto a sus oídos.

—¡Malditos! —aulló.

Corrió hacia la proa y divisó la estela de la lancha neumática que se alejaba a toda velocidad. Ciego de ira, descargó los seis proyectiles de su revólver, pero no tardó en advertir que la distancia era ya excesiva. Furioso, tiró el arma y apretó los puños. En su frente, una vena latió violentamente, amenazando con reventar.

En la timonera, Long Tom accionó el motor auxiliar y la cadena del ancla empezó a chirriar a su paso por el escobén. Ripley llegó en aquel momento con un rifle.

—Dámelo —gruñó Compton.

Cargó el arma, La lancha se hallaba ya a unos seiscientos metros. Tenía que apuntar, guiándose por la estela,

—Si consigo perforar una de las «salchichas»...

Apretó el gatillo. La bala quedó algo corta y levantó un chorrito de agua a cinco o seis metros de la popa del bote ocupado por los fugitivos.

—¡Bruce! ¡Nos tirotean! —gritó Alice.

—Tendré que navegar en zig-zag —dijo él serenamente—. Tiéndete en el fondo de la lancha. De todos modos, pronto estaremos fuera de la línea de tiro.

Sonaron varios disparos más. Brady sonrió.

—Ya no tienen visibilidad suficiente y, además, hemos alcanzado una distancia tranquilizadora —comentó.

En la proa del «Silver Seagull», Compton, descorazonado, bajaba el rifle, persuadido de que ya no podía alcanzar a los fugitivos.

—Pero ¿adónde diablos van esos dos estúpidos? —gritó de pronto—. Santa Lamba está en dirección opuesta...

Ripley lo comprendió en el acto.

—Capitán, el avión de Ryan —dijo.

Compton abrió la boca.

—Maldición, es cierto —dijo. Pateó furioso la cubierta—. ¿Cómo no se me ocurrió antes?

—De todos modos —dijo Ripley, con filosófica resignación—, tampoco habría servido de nada. Este balde difícilmente pasa de los diez nudos y el bote neumático puede alcanzar veinticinco o treinta. Llegarán a Lone Rock... y en el supuesto de que se hubieran encontrado con el avión inutilizado, podrían haber alcanzado Santa Lamba sin dificultad. Y una vez allí, ¿qué?

Los dientes de Compton chirriaron de rabia impotente, porque los argumentos de Ripley eran irrefutables. Aunque no le gustase admitirlo, reconocía que se había quedado sin las perlas. Era su segunda oportunidad, la había perdido y ya no habría una tercera.

En el bote neumático, Brady se relajó.

—Estamos a salvo, Alice —anunció.

Ella se incorporó.

—Pondrán el barco en movimiento. Vendrán a buscarnos —dijo.

—Primero, antes de que hayan navegado una milla, el motor se les habrá parado. Segundo, aunque consigan alcanzar Lone Rock, nosotros habremos dispuesto ya del tiempo suficiente para despegar sin contratiempos.

De súbito, Alice tendió la mano hacia la popa de la lancha.

—¡Bruce, mira!

Brady volvió la cabeza. A un par de millas de distancia, se veía subir al cielo un colosal chorro de llamas.

El mar estaba tan liso como un espejo, lo que permitió ver sin dificultad el reflejo del fogonazo en las aguas, que lo duplicaron casi

perfectamente. Trozos de la estructura del barco saltaron por los aires. Diez segundos más tarde, llegó el sonido de la explosión.

* * *

En el lugar donde había estado el «Silver Seagull», había una gran hoguera. Brady comprendió que las llamas procedían del combustible de los tanques. Era imposible que nadie se hubiese salvado, pensó. La explosión había sido muy potente. Se preguntó qué podría haberla causado. ¿Algún descuido de los forajidos?

—Bruce, ¿no tienes una idea de lo que pueda ser eso? —preguntó la chica.

—No. Tal vez había explosivos a bordo y hubo un fallo en su manipulación... o tal vez se produjo una combustión espontánea...

—Quizá se haya salvado alguno —apuntó Alice.

—Lo dudo mucho. Siento tener que parecer cruel, pero no voy a dar media vuelta para socorrer a un posible superviviente. Mi piedad tiene unos límites, Alice... y ellos no conocían ese sentimiento

Ella hizo un signo afirmativo. La respuesta de Brady estaba enteramente de acuerdo con lo que habían pasado los días precedentes.

—Bruce, me pregunto cómo habrán descubierto nuestra fuga —dijo de pronto.

—Oímos un ruido extraño. Entonces, no lo supe identificar. Lo he pensado mucho después. Alguien derribó la puerta de nuestro camarote y entonces vieron que ya no estábamos.

—Sí, es cierto. —Bruscamente, Alice lanzó un agudo grito—: ¡Bruce! El joven se alarmó.

—¿Qué sucede?

—Las perlas... se quedaron allí...

Brady se echó a reír.

—Teníamos demasiada prisa y no podíamos entretenernos —contestó. Alice emitió un hondo suspiro.

—Creo que han terminado ya nuestras preocupaciones —dijo.

Brady guardó silencio unos instantes. Alice se percató de la súbita gravedad de su semblante.

—¿Ocurre algo, Bruce? —preguntó.

—Estaba pensando... Al pasar junto al costado de babor, vi algo raro en el barco...

—Todo estaba en orden, me parece.

—No. Había algo extraño... —De pronto, Brady chasqueó los dedos—. Ya sé qué es, Alice.

Ella le miró con interés.

—¿Recuerdas a Mary en la bodega?

—Sí —exclamó ella.

—La bomba estaba en la bolsa que ella dejó en la cámara de motores, no me cabe duda.

—Y entonces, ha escapado...

—Sí. Por eso te digo que notaba algo extraño en el barco. Faltaba el bote que usaron Compton y los suyos para el asalto. Lo dejaron amarrado, sin izarlo a bordo.

—Eso significa que fue ella quien se lo llevó.

—Sí. Hizo lo mismo que nosotros pensábamos hacer: despegarse a fuerza de remos y poner el motor en marcha al hallarse a distancia suficiente.

—¡Qué miserable! —se indignó Alice—. Tantas promesas... para tratar de matarnos luego... ¡Oh, Bruce, ha tenido que hacerlo así, porque localizó las perlas!

Brady asintió.

—No cabe la menor duda —contestó—. Aunque, de todas formas, eso ya nos importa poco; estamos a salvo y eso, creo, es suficiente para los dos.

—Sí, es suficiente —convino la muchacha, ya más tranquila.

CAPÍTULO XII

Amanecía ya, cuando la lancha neumática empezó a remolcar el hidroavión. Brady hizo que el aparato virase en redondo y enfiló la bocana de la ensenada. Poco a poco, con gran lentitud, fueron ganando espacio, hasta que el aparato quedó en el mar abierto.

A lo lejos, se divisaba todavía una humareda oscura. Brady supo así la dirección del viento y tomó nota mental para el despegue. Una vez que supo estaba en condiciones de levantar el vuelo, se acercó al morro del avión y soltó el cabo de remolque.

Luego se acercó a la escotilla y saltó a bordo. Agarrado con ambas manos a los bordes, pegó un puntapié a la lancha neumática, que empezó a alejarse lentamente.

Alice le miró con ojos brillantes.

—Ha llegado el momento —dijo.

—Sí —contestó él—. En cuanto hayamos alcanzado altura suficiente, usaré la radio.

—Mary habrá llegado a Santa Lamba —dijo ella.

—Seguro —contestó él por encima del hombro, mientras se encaminaba a la cabina de mando—. Contará alguna historia conmovedora... pero no saldrá de Vista Alegre antes de que llegue nuestro informe por radio.

Brady se sentó, en el puesto del piloto y se sujetó los arneses. Alice ocupó el asiento de la derecha. Inmediatamente, Brady empezó a revisar los controles.

—Al menos, no se puede negar que Ryan sabía mantener el aparato en perfectas condiciones —dijo satisfecho—. Incluso repostó los tanques, con el combustible que había llevado como reserva en el «Silver Seagull»,

—Eso significa que podemos alcanzar Miami en una etapa.

—Exactamente.

El motor de babor emitió sus primeras toses. Salió humo azul por los escapes. La hélice dio unas cuantas vueltas, se paró, volvió a girar y, al fin, se convirtió en un disco que reflejaba agudamente los primeros rayos del sol naciente,

Brady encendió el segundo motor. Observó atentamente los instrumentos, mientras se producía el inevitable período de calentamiento. Cuando vio que todos los indicadores ofrecían informes satisfactorios, avanzó lentamente la palanca de gas.

Se oyó un fuerte rugido. El aparato empezó a deslizarse por la superficie de las aguas. Brady se volvió hacia la muchacha.

—Fíjate bien en la maniobra; te conviene aprender.

Ella asintió sonriendo. El hidroavión aceleraba rápidamente, dejando tras sí enormes chorros de espuma. Brady lo había orientado ya contra

el viento y dio gas a fondo.

De pronto, el aparato saltó hacia arriba. Alice no se pudo contener y lanzó un agudo grito de júbilo:

—¡Bruce, eres magnífico!

El joven sonrió. Lenta pero constantemente, el aparato continuó ganando altura, perseguido por los rayos del sol, que ya era un disco amarillo sobre el horizonte. Momentos después, pasaban a unos dos mil metros sobre Santa Lamba.

A dos mil quinientos metros, Brady alargó la mano y movió el conmutador de la radio. Pero antes de que pudiera descolgar el micrófono, oyó una voz a sus espaldas:

—¡Hola, Bruce!

* * *

Alice se volvió. Mary estaba en el umbral de la cabina de pilotaje. Sonreía satisfecha. En su mano se veía el brillo pavonado de un revólver de seis tiros.

Brady crispó sus manos sobre el volante.

—Te suponíamos en Santa Lamba —dijo.

—Cometiste un error. En Santa Lamba podían haberme hecho preguntas comprometedoras.

—Y viniste aquí...

—Estaba segura de que conseguiríais escapar. Naturalmente, era lógico pensar que, siendo piloto, buscarías un avión que tenías prácticamente al alcance de la mano —contestó Mary alegremente.

—¿Cómo sabías que íbamos a escapar?

—Vi los tornillos de la puerta donde estaba guardado el combustible. Imaginarse lo que iba a suceder no fue difícil, Bruce.

—A pesar de todo, pudimos haber muerto en la explosión —dijo el joven.

—Era un riesgo que debía correr. Mis predicciones, sin embargo, se han realizado puntualmente —contestó ella, visiblemente satisfecha.

Brady lanzó una ojeada al altímetro. Estaban llegando ya a los tres mil metros. Estabilizó el aparato; era una altura más que suficiente.

—Estábamos en la bodega. Te vimos entrar con una bolsa en las manos —dijo con voz tranquila.

—Sí. Era la bomba. Un reloj, diez kilos de dinamita...

—Y «¡pum!», ¿verdad?

—Ha sido el ruido más bonito que he oído en los días de mi vida —respondió Mary cínicamente.

—Has sabido hacer bien las cosas —dijo Brady sin inmutarse—. Y, supongo, tienes las perlas

Mary rió fuertemente, a la vez que daba una palmada en su costado derecho. Alice vio la bolsa colgada de su cinturón.

—Están aquí, Bruce. Un millón —exclamó Mary.

—Engañaste a todo el mundo. Vengar a tu hermano no te importaba tanto como conseguir las perlas —dijo el joven.

—He conseguido las dos cosas: venganza y perlas.

¿Qué más puedo desear?

—Claro, claro... Mary, dime, mataste a Seard y a Stuart?

—Sí. Seard fue el que mató a Jim, aunque luego traicionó a Compton, porque se había puesto de acuerdo con Ryan.

—¿Y Stuart?

—Había que dar facilidades a Compton cuando asaltase el barco.

—Comprendo. Sólo quedó Ryan y Compton le pegó dos tiros.

—Fue un estúpido —calificó Mary, sin la menor piedad.

—Hay algo que me extraña —dijo Brady—. ¿Cómo supiste que ya había encontrado las perlas?

—Nunca me fié de ti por completo. Cuando subías, después de la última inmersión, yo estaba en el bote utilizado por Compton y sus hombres. Tenía en las manos el visor portátil, ése cajón con un cristal en el fondo, que permite ver bajo el agua. Normalmente, tú te dirigías a la escala de gato de babor, pero esta vez fuiste a la proa y estuviste allí unos momentos, antes de volver al sitio habitual.

—Lista, eres infernalmente lista. ¿Te das cuenta de que, para conseguir esas perlas, has matado nada menos que a seis hombres?

—¿Importa mucho eso ahora? —rió Mary.

—Yo guardaba las perlas para la viuda de Jim —dijo él tristemente.

—Le enviaré algún dinero, no te preocupes. Y ahora... ¡Alice, levántate!

La chica se estremeció.

—¡Mary! ¿Qué pretendes? —gritó Brady.

—Esta sobra aquí —respondió la morena fríamente—.

He abierto la trampilla del fondo. Hay paracaídas. Le doy la opción de sobrevivir.

—No podrá... Hay tiburones...

—O salta en paracaídas o la mato aquí mismo —chilló Mary descompuestamente.

—No entiendo —dijo Brady, procurando mantener la serenidad—.

¿Por qué tienes que hacer una cosa semejante?

—Porque no puedo permitir que haya más gente a bordo del avión. A ti te puedo conseguir fácilmente. Besos, perlas... —Mary rió fuertemente—. Te rendirás, créeme. Pero ella no consentiría... ¡Vamos, Alice, arriba!

La chica dudó. Repentinamente, Brady avanzó a fondo la palanca a la vez que la empujaba hacia la izquierda. Al mismo tiempo, metió el pie izquierdo y dio el máximo de gas a los motores.

El morro del avión bajó bruscamente y, a la vez, inició un ceñidísimo

viraje en descenso, casi en picado. Mary gritó y fue lanzada hacia la derecha.

Levantó los brazos, pero fue todo lo que pudo hacer. Intentó bajar la mano armada, pero una fuerza invencible la mantenía en alto y a su espalda pegada al mamparo.

Brady mantuvo los timones en la misma posición. Sabía que la fuerza centrífuga impedía a Mary hacer el menor movimiento. Descendió vertiginosamente, mientras el mar parecía girar en sentido opuesto, inclinado el horizonte hacia el lado de babor. Con la mano izquierda, haciendo verdadero esfuerzos, se soltó el cinturón de seguridad.

De pronto, niveló timones un instante. Por su mismo impulso, Mary salió disparada en sentido contrario. Casi en el acto, Brady tiró hacia así de la barra de profundidad y el hidroavión levantó el morro.

Mary chilló frenéticamente. El instinto le hizo soltar el revólver para buscar un asidero. De pronto, la bolsa se enganchó en un saliente y el tejido se rasgó.

Las perlas repiquetearon al caer por el suelo. Como estaba inclinado, rodaron hacia atrás. A gatas, con los ojos fuera de las órbitas, Mary las vio saltar en brillante cascada por la trampilla abierta a unos metros de distancia.

Brady volvió a nivelar.

—¡Alice, coge los mandos! —gritó.

Dio un salto y se apoderó del revólver, Mary alzó la cabeza. Había en su rostro una expresión de infinita desesperación.

—Sigue así, Alice —dijo el joven—, Ahora voy a ver si puedo atar a esta fiera. En Miami, la Policía le dirá unas cuantas cosas, empezando por su participación en nuestro secuestro.

—¡No podrán probar nada! —gritó Mary—. Lo negaré todo. Diré que también me secuestraron...

—Mary —dijo el joven lentamente—, ¿por qué crees que te hice hablar tanto? ¡La radio estaba abierta y alguien habrá escuchado y registrado nuestra conversación!

Mary abrió la boca estúpidamente. Estuvo así unos instantes y, de súbito, se levantó de un salto y echó a correr.

Él dio unos pasos detrás de ella y, de pronto, se detuvo en seco.

Regresó al puesto del piloto.

—Déjame los mandos, Alice.

Ella le miró fijamente. Brady inició un pronunciado viraje.

Todavía alcanzó a ver un puntito negro que descendía vertiginosamente hacia el esplendente océano, a dos mil metros de distancia. Aquel puntito desapareció de su vista. Luego, de pronto, brilló una chispita blanca en el azul del mar, pero se apagó muy pronto.

—Ha preferido saltar —adivinó Alice.

—Quizás así haya sido mejor —contestó él sombríamente.

De pronto, vio algo que se movía en el suelo y rodaba alternativamente para un lado y otro. Se inclinó, alargó el brazo y cogió con dos dedos aquella esfera brillante, perlada, de casi dos centímetros de grosor.

—Y esto es todo lo que queda de un millón en perlas —murmuró.

Hubo un momento de silencio. Sólo se percibía el monorrítmico sonido de los motores.

Brady hizo saltar la perla en la palma de su mano. Luego la guardó en el bolsillo de su camisa,

—Para Linda Sheene —dijo escuetamente.

Alice hizo un gesto de aquiescencia.

—Es lo correcto —aprobió.

* * *

—Bien, muchacho —dijo Edward Kemp—, tengo a mi hija sana y salva y todo se lo debo a usted...

—Ella también hizo algo, señor —contestó Brady.

—Sí, ya me lo ha contado todo. Pero, a fin de cuentas, el esfuerzo principal recayó sobre sus hombros. ¿Qué puedo hacer por usted, Bruce?

—Nada, señor, muchas gracias. Tengo un buen empleo...

Alice apareció de pronto en el despacho. La entrevista tenía lugar en la residencia privada del financiero.

—Yo te diré lo que puedes hacer por Bruce, papá —exclamó la muchacha.

—Bien, indícalo y accederé con mucho gusto —sonrió Kemp.

Ella se acercó al joven y se colgó de su brazo.

—Concédele mi mano, papá.

Brady se sobresaltó.

—¡Alice!

Kemp sonrió.

—Por mí no hay inconveniente —dijo.

—Señor Kemp, esto es un disparate —calificó Brady—. Yo... bueno, sólo tengo las manos... y el cerebro, claro, pero usted... Alice, son... pertenecen a una esfera muy diferente...

Edward Kemp frunció el ceño.

—Creo que Alice ya dijo algo cuando os tenían secuestrados —manifestó—. Bruce, hubo un tiempo en que en esta casa, bueno en la vieja, claro, pasamos muchas estrecheces, privándonos de lo más necesario en ocasiones. Literalmente, pasamos hambre... pero supimos salir adelante. El origen y la condición de la persona no importan, siempre que se la vea emprendedora, honesta y trabajadora. Puede parecer ridículo en estos tiempos, pero, a la larga, es lo único que da

resultado, Y pienso que Alice no podría encontrar otro hombre mejor para esposo.
La muchacha aplaudió fuertemente.
—¡Bravo, papá! ¡Ha sido un magnífico discurso!
Kemp sonrió.
—Espero haberte convencido, Bruce —añadió. Se puso un habano entre los dientes y salió de detrás de su mesa—. El resto, imagino, corre a cuenta de mi hija.
—Descuida, papá; Bruce está ya en el bote —exclamó ella alegremente.
Se quedaron solos. Alice le echó las manos al cuello.
—¿Me va a costar mucho convencerte? —preguntó, mimosa.
—Sólo espero que un día no tengas que arrepentirte —dijo él.
—Nunca, nunca —contestó Alice apasionadamente.
Bruce suspiró.
—La verdad, me has librado de un compromiso —dijo.
—¿Cómo?
—Bueno, yo... yo quería pedirte que te casaras conmigo..., pero no sabía cómo hacerlo...
Alice se echó a reír.
—Si ha sido un truco, evidentemente, me ha gustado —dijo.
Brady la abrazó con fuerza,
—Pero lo que suceda de aquí en adelante no será un truco —aseguró rotundamente.

F I N

Índice

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII